

Universidad Nacional Autónoma de México
Facultad de Filosofía y Letras

Montaigne y el Indio Americano

Tesis que para obtener el título de:
Licenciado en Lengua y Literaturas Modernas
(Letras Francesas)

P R E S E N T A:
Federico Krafft Vera



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

*A mis hijos,
4 luceros que
iluminan mis sendas
cuando las noches se
tornan demasiado oscuras*

Índice

Prefacio	4
Introducción	6
Advertencia	8
Capítulo I	
La Europa del Descubrimiento de América	
a) La Polémica	11
b) El Indio, las concepciones contrapuestas	13
c) El Indio, los intereses contrapuestos	16
d) El Indio, concepciones e intereses en otras latitudes	19
Capítulo II	
Montaigne en el debate	
a) El Indio Americano en los <i>Ensayos</i>	
Libro Primero.	23
Libro Segundo.	32
Libro Tercero.	35
b) El escritor de los <i>Ensayos</i> y el momento político	45
Espectro histórico.	47
Ideario político.	51
c) La representación de lo americano	57
d) La singularidad del tema americano en los <i>Ensayos</i>	61
Capítulo III	
La función del texto	
a) La producción de sentido en los <i>Ensayos</i>	63
b) La reproducción de la forma ideológica	71
Conclusión	79
Bibliografía	81

Prefacio

Cuando me topé, en el curso de mis estudios universitarios de literatura francesa, con un par de pequeños volúmenes antológicos en francés dedicados a los *Essays* de Montaigne¹ fui inmediatamente conquistado por la sabiduría, naturalidad e inteligencia de la que hacía gala un escritor que había vivido 400 años antes de éstos, mis confusos años del final de mi adolescencia y el inicio de mi vida adulta. El buen sentido de sus afirmaciones, el equilibrio en sus planteamientos, el desenfado de su argumentación, su dedicación a temáticas que me parecían completamente ‘modernas’ hicieron que me aficionara a un autor en el que encontraba un interlocutor confiable para tratar de encontrar un poco de claridad en el desconcierto en el que parecía transcurrir mi todavía joven existencia. Lo leí con esa especie de secreta complicidad que se establece entre el lector y el autor en quien hallamos una suerte de alma gemela que, mejor que nuestros contemporáneos, habla de lo que nos interesa íntimamente, nos devela enfoques diferentes de los problemas que nos obsesionan y nos orienta en la búsqueda de un camino propio en la existencia que en mi caso particular se presentaba todavía larga e incierta.

Así, cuando tuve que decidir presentar el trabajo de grado que acreditara los estudios realizados, fue natural que pensara dedicar mi ánimo a algún tema que surgiera de lo que ese compañero íntimo había desarrollado en su tiempo. Más aún, para acercarlo a mi realidad latinoamericana, pensé que los muy diversos fragmentos que Montaigne había dedicado en su dilatada obra a los indios de América eran un buen pretexto para mantener mi grato trato con el autor francés del siglo XVI.

Después, la vida me llevó por senderos que nunca imaginé, mi vida sentimental y las responsabilidades laborales me fueron empujando a cada vez a mayores compromisos que hicieron difícil que acometiera la redacción del estudio académico que sólo llegué a esbozar y para el cual realicé algunas lecturas. Por azares del destino que no tiene mayor interés el relatar aquí, un buen día retomé ese proyecto y emprendí el desarrollo de lo que ahora entrego al lector. Cuando revisé el proyecto y enseguida la lecturas que en su

¹ Montaigne, *Essais (extraits)*, vol.1 *L'homme*, vol. 2 *Le Philosophe*, Classiques Larousse.

momento hice, descubrí que el tema estaba aún ahí en espera de que concluyera un pendiente en mi vida, el asunto seguía interesándome y, por tanto, el esfuerzo para mí valía mucho la pena. A otros tocará juzgar si el tiempo invertido en ello no fue un derroche de energías, a mí sin embargo (a pesar de escatimar a mis seres queridos instantes de compañía y a mí momentos de descanso o recreación) me brindó instantes de exaltación y entusiasmo cuando iba develando poco a poco los distintos tópicos que componen este volumen al descubrir las pistas en libros de materias diversas, especialmente historia y crítica, además obviamente de la relectura de la obra de Montaigne.

Para la realización de este texto conté con la valiosa y paciente dirección de Claudia Ruiz García y las atinadas observaciones de Marie Paule Simon, ambas hicieron una atenta revisión del borrador e hicieron múltiples sugerencias gracias a las cuales pude mejorar la presentación del escrito original y la rudeza y oscuridad de muchos de mis planteamientos.

Asimismo, este trabajo pudo llevarse a cabo gracias a la amorosa solidaridad que me prodigaron Amparo y mi preciosa Marina.

Introducción

Quien busque en este trabajo un análisis literario sobre los *Ensayos* verá frustrada su aspiración, tampoco encontrará el estudio de su estructura o de la técnica literaria, menos hallará aquí el inventario de las figuras retóricas utilizadas o de las especificidades del lenguaje; sin embargo, no omitimos destacar algunas características formales que dan un carácter especial a esa obra, y más bien, lejos de cualquier estudio técnico-académico, se procura aquí desentrañar el sentido de los planteamientos de Michel de Montaigne con respecto a América. No pretendemos, por otro lado, establecer porqué Montaigne dijo esto o aquello, es decir, no buscamos encontrar una línea mecánica y directa entre su proceso creativo y el conjunto de los acontecimientos de su vida y del entorno que pudieran haberle dado origen; simplemente tratamos de mostrar las situaciones bajo las cuales escribió lo que escribió con el fin abrir la posibilidad de lograr una comprensión más completa de lo que dijo. Esto es, al poner en relieve ciertos hechos que dan contexto a su escritura y, de ella, al tema que hemos escogido, intentamos facilitar al lector una aproximación tangencial que permita enriquecer la interpretación de sus postulados. Quizás logremos con ello una lectura diferente a la que para simplificar llamaríamos lectura ingenua² (en el mejor sentido del término), que es siempre la primera lectura de un clásico.

Puede que la que proponemos no sea una lectura mejor que la primera, pero en su diferencia se halla su justificación, pues sin invalidar a la primera, enriquece nuestra experiencia lectora y suma, sin superponerse, al convivir con la primera, una nueva. Leer sin mayor contexto a Montaigne nos proporciona un deleite que es difícil de definir más allá de sus cualidades formales y sus inteligentes desvaríos; en parte es eso lo que hace a un autor un clásico con el cual nos identificamos y con quien creemos compartir cierto hálito vital; pero ello no invalida el que procuremos acercarnos desde otra perspectiva a sus

² Hablamos de una lectura 'ingenua', pero no pesamos que esa lectura esté completamente libre de prejuicios o concepciones preconcebidas ya que, aun sin ser conscientes de ello, cuando nos situamos frente al hecho literario siempre tenemos una idea de lo que en él pensamos encontrar ("la literatura francesa es sensual", "el autor es interesante", "la obra, es imprescindible", "Montaigne es conservador", "Montaigne es contradictorio", etc.) en el transcurso de su lectura vamos afinando nuestra noción anterior e interesándonos, alejándonos, identificándonos o rechazando la obra.

escritos, ésta arrojará una luz que incide en el objeto sin transformarlo (supuestamente), sólo parece cambiar la impresión que tenemos del mismo, pero continúa permitiendo al mismo tiempo un doble enfoque: el de la percepción ingenua –con todo su encanto sensible a la novedad- y la contextual, que sitúa nuestra percepción en otro nivel pero que necesariamente implica una reconfiguración del objeto percibido.

Suena extraño que puedan coexistir estas dos maneras de leer un clásico, pero la pluralidad de lecturas determinadas por la ambigüedad, polisemia, carácter plural de sus significados, o como se le quiera definir, que no es otra cosa que la riqueza de su fondo y forma, nos permite transitar por esas dos vías y convertir al objeto en dos, con una misma identidad, pero diferenciada a partir de la posición desde la que lo observamos.

Quizá sería más apropiado hablar de una representación poliédrica, un mismo objeto cuyas distintas caras son “vistas” por el lector en función del ángulo o el espacio desde el cual dirige su mirada. En última instancia, este trabajo será un acercamiento al hecho literario en su relación con la realidad que lo constituye.

Como dijimos, no es un análisis literario pero sí una investigación que esperamos nos ayude a comprender mejor algunos aspectos de una obra singular de la literatura universal (una obra canónica diría Bloom), es también un pretexto para reflexionar sobre la relación entre la realidad histórica y la ficción literaria (en sentido de recreación de la realidad), sobre la compleja identidad entre percepción de la realidad y concreción artística.

* * *

Primero, revisaremos las ideas e intereses que entraron en juego ante la aparición de los habitantes del Nuevo Mundo en la conciencia europea durante la primera mitad del siglo XVI, casi desde el descubrimiento mismo del nuevo continente.

Enseguida, retomaremos lo que Michel de Montaigne expresó sobre ese tema, haremos mención del contexto histórico dentro del cual se manifestó en la manera como lo hizo y pondremos en relación sus postulados con la visto en el capítulo precedente.

Finalmente comentaremos sobre las condiciones de producción de los *Ensayos*, de sus particularidades e importancia.

Advertencia

Para este trabajo hemos utilizado primordialmente la edición crítica de los *Ensayos (Essais)* incluida en las Obras Completas de Montaigne preparada por Maurice Rat para Gallimard en su colección Bibliothèque de la Pléiade,³ muy útil por la profusión de sus notas y la pertinencia de sus aclaraciones. También, ocasionalmente recurrimos a la edición en español editada por Aguilar⁴ en la traducción de Constantino Román cuando el idioma francés del siglo XVI empleado por Montaigne nos presentaba algunas dificultades para entender cabalmente el significado de sus postulados.

Así lo hicimos particularmente en el revisión completa que hemos preparado de **todos** los fragmentos dedicados a América aparecidos en la célebre obra del autor objeto de este estudio que vertimos libremente al español en el inciso a) del segundo capítulo. Sin embargo, debemos aclarar que en la elaboración de ese recuento preferimos hacer nuestra propia versión directamente del francés y no hicimos uso indiscriminado de la versión en español de Constantino Román debido a que, a veces, “castellaniza” en exceso al autor renacentista. O se permite ciertas licencias como cuando, por mojigatería, se resiste a traducir correctamente lo que Montaigne dice y cita con su franqueza habitual:

“Comme un gentil’homme de mes voisins, qu’on soubçonnoit d’impuissance,

*Languidior tenera cui pendens sicula beta
Nunquam se mediam sustulit ad tunicam*

trois ou quatre jours après ses nopces, alla jurer tour hardiment, pour se justifier, qu’il avoit faict vingt postes la nuit precedente; dequoy on s’est servy depuis à le convaincre de pure ignorance et à le desmarier.”⁵

Esos versos de Catulo que, siguiendo la nota en francés podríamos traducir como:

³Montaigne, *Œuvres complètes*, Introduction et notes par Maurice Rat, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1976.

⁴Miguel de Montaigne, *Ensayos*, trad. Constantino Román y Salamero, ed. revisada, corregida y prologada por Ricardo Saenz Hayes, 2 vols. Aguilar, Buenos Aires, 1962.

⁵*Essais*, en *Œuvres complètes*, p. 844.

*Y de quien colgando más flácido que una acelga lánguida
El sexo no se erigió jamás bajo su túnica*

Constantino Román se niega a traducir y sólo acota: “El sentido de estos dos versos, sobrado obscenos para traducirlos, es que el gentilhombre nunca dio muestras de virilidad”.⁶

No pretendemos señalar, ni mucho menos, discutir cuál versión es mejor; en todo caso lo que pretendemos en ese inciso es simplemente mostrar de manera clara la posición de Montaigne en sus aspectos más relevantes en función de esta tesis, refundiendo sus palabras al español en una versión casi literal, no es por tanto un ejercicio de estilo. Hicimos dicho recuento de fragmentos, abreviándolos ocasionalmente, en el orden en el que aparecen relativamente dispersos a lo largo de más de mil páginas en los tres libros de los *Ensayos* para tenerlos todos en un solo lugar; buscamos con ello facilitar la lectura de ese conjunto y dar una idea integral de los postulados de Montaigne sobre América. Y lo hicimos en español con un propósito de exposición práctica y para cortar lo menos posible ese repaso; de cualquier manera, cuando nos pareció necesario, incluimos algunas partes de la versión original en francés a pie de página para que el lector pueda conocer directamente las expresiones utilizadas por el autor. Cabe también apuntar que, al exponerlos, seguimos la secuencia de su aparición en los *Ensayos* con la idea de preservar el espíritu en cierta manera aleatorio con el que fueron insertados, pero haciendo breve mención del capitulado y el contexto en el que fueron incluidos; no los agrupamos de forma temática, como quizás sería recomendable en un trabajo académico, pues nos pareció que haría más rígido este análisis y deformaría el sentido libre y un poco caprichoso de Montaigne.⁷

Queremos insistir sobre la conveniencia de incluir este largo inciso en el segundo capítulo de nuestro análisis ya que permite leer como un todo continuo las muy variadas aproximaciones de Michel de Montaigne al tema americano diseminadas en cientos de páginas. Quizás al especialista le parecerá innecesaria esa compilación, pero, como pudimos constatar personalmente, no existe algo semejante en los textos que consultamos referidos al destacado humanista francés, por lo que, al darnos la tarea de facilitar con ese

⁶ *Ensayos*, nota en la p. 209.

⁷ “Je veux qu’on voye mon pas naturel et ordinaire, ainsin detraqué qu’il est”. *Essais*, en *Œuvres complètes*, p. 388.

repertorio el acercamiento del lector en general interesado en ese tema específico, confiamos en abreviar su camino. Además, para los propósitos del ejercicio crítico desarrollado en este ensayo, podemos percibir con mayor claridad las similitudes y las diferencias, así como la originalidad que existe entre la visión de América de Montaigne y la de otros pensadores.

Por otro lado, se nos excusará que en el primer capítulo (“La Europa del Descubrimiento de América”), cuando analizamos la polémica en torno al indio y los intereses que estaban en juego que alentaron las distintas posiciones al respecto, nos hayamos limitado a señalar solamente lo más significativo de ese entramado de discusiones y de las ventajas que cada parte sacaba de ello, pues sin negar que este tema es de suyo apasionante, no convenía a este trabajo detenernos más en esta materia para no desviarnos de nuestro primordial objetivo que es analizar las repercusiones, en su tiempo y circunstancia, que se registran en la producción literaria de Montaigne sobre el problema suscitado con el descubrimiento y la conquista de América.

Capítulo I

La Europa del Descubrimiento de América

« There is no such thing as religion
overriding morality. Man, for instance,
cannot be untruthful, cruel and incontinent
and claim to have God on his side »
Gandhi

a) La Polémica

La llegada de los españoles a América, y de otros europeos después de ellos, trajo consigo la ruina, la muerte, la destrucción de múltiples formas culturales, la esclavitud o servidumbre de cientos de miles de indígenas sobrevivientes y la desolación de las poblaciones nativas por la aparición de epidemias hasta entonces desconocidas. Al mismo tiempo, al lado del acoso y la devastación, entró en escena lo mejor del género humano que opuso la generosidad, la solidaridad y la caridad a la codicia y al interés individual. La confrontación entre el mundo europeo y el americano permitió también que se ensayaran en las tierras recién descubiertas formas inéditas de convivencia. En el ámbito religioso se desarrolló un sincretismo peculiar no aceptado por la Iglesia pero actuante en la vida cotidiana. Simultáneamente al cambio radical que vivió América, en Europa se fue sintiendo poco a poco la impronta que produjera el encuentro de esos otros hombres, de la explotación de sus bienes y riquezas, de la importación de otros productos de la naturaleza y del conocimiento de formas radicalmente distintas de vida. Esa influencia se dio no nada más en el aspecto material. Entre otros, en el ámbito jurídico y en la discusión religiosa una rica polémica de rasgos muy acusados entretuvo a las mentes más doctas de la época. Tanto en territorio americano, sometido formalmente a la ley de los soberanos españoles, como en las cortes españolas se suscitó la discusión sobre la naturaleza de los seres hallados en las nuevas tierras.

Como suele suceder, múltiples intereses entraron en juego cuando comenzaron a aparecer las interrogantes sobre las diferencias entre los hombres de ambos mundos. ¿Estas diferencias hasta dónde llegaban? ¿Era ello motivo para considerar a algunos *privados de la razón*, don divino, y por tanto, carentes de alma y salvación? Si los indios no eran hombres, al menos de la misma naturaleza que los europeos, ¿serían en consecuencia incapaces de recibir los Santos Sacramentos de la Iglesia? ¿Qué derechos los asistían? Al respecto, Edmundo O’Gorman apunta:

La polémica acerca de la verdadera naturaleza del indio americano no fue una discusión de puro interés teórico. Se encuentra tejida en el fondo de un complejo de cuestiones religiosas, políticas y económicas. En efecto, del concepto que se tuviera del indio, dependía todo el programa misionero de la evangelización americana y muy agudamente la urgente cuestión de la capacidad o incapacidad de los naturales para recibir los sacramentos de la Iglesia. También dependía de la solución que a aquel primer problema se diera, el encontrar un justo título para fundar en derecho la conquista y posesión de las tierras del Nuevo Mundo. Y, por último, el régimen jurídico que quedarían sujetos los indios en sus personas y bienes, forzosamente estaba condicionado por el concepto que de ellos se formaran los europeos. Lo más relevante a este respecto era, sin duda, la justificación o, por el contrario, el rechazo de la esclavitud.¹

No pasó mucho tiempo desde que se dieron los primeros contactos entre europeos y americanos para que algunos españoles se manifestaran abiertamente en contra de reconocer a los naturales americanos esencialmente iguales a ellos². La condición salvaje en la que vivían algunos indígenas de estas tierras dio pie a que se considerara que tenían incapacidad política y religiosa. Era posible por tanto, sujetarlos y someterlos a un gobierno despótico.

Ante las injusticias y crueldad con que los colonos trataban a los indios, los religiosos dominicos de la Española emprendieron una campaña de oposición, y al efecto encomendaron a un fraile de su Orden llamado Antón de Montesinos que predicara un

¹ Edmundo O’Gorman, “Sobre la Naturaleza Bestial del Indio Americano” en *Thesis* p. 9.

² Véase Percy G. Adams quien encuentra la primera negación a la humanidad del indio desde el segundo viaje de Colón, en: “The Discovery of América and European Renaissance Literature”, *Comparative Literature Studies*. Sin embargo, O’Gorman en el texto citado, dice algo distinto: “los contactos iniciales no sugirieron a los españoles la posibilidad de negarles a los naturales la condición humana [...] Bartolomé de las Casas, atribuye el origen de la duda a unos colonos de la Española”. *Op. cit.* p. 9. Gerbi menciona a un médico sevillano que viajó en la segunda expedición del Almirante y que escribió al cabildo de su ciudad a finales del año 1493, o a principios del siguiente, una carta-relación en la que informa que los indios que le tocó ver “comen quantas culebras e lagartos e arañas e cuantos gusanos se hallan por el suelo, ansí que me parece *es mayor su bestialidad que de ninguna bestia del mundo*”, véase: Antonello Gerbi, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, p. 40.

sermón contra aquellos excesos. Así se hizo. Fr. Antón de Montesinos echó en cara a los españoles su falta de cristiandad: “¿Estos (indios) no son hombres?” –preguntaba el predicador-. “¿No tienen ánimas racionales? ¿No sois obligados a amarlos como a vosotros mismos? ¿Esto no entendéis, esto no sentís?” El sermón produjo un efecto explosivo...³

Así se fueron conformando dos partidos perfectamente diferenciados que, al mismo tiempo que se enfrentaban en los hechos en tierras americanas, litigaron en las cortes para obtener de los soberanos católicos y del vicario de Cristo un pronunciamiento al respecto que les permitiera zanjar jurídicamente la disputa.

b) El Indio, las concepciones contrapuestas

Del lado de los que justificaban la sumisión violenta de los naturales se distinguió el humanista Juan Ginés de Sepúlveda quien “sostuvo que los indios eran ‘bárbaros, amentes y siervos por natura’; alegó que los europeos tenían derecho para imponerles un gobierno despótico, y ellos obligación de sujetarse; de donde los gananciosos resultarían los indios, ‘porque la virtud, la *humanidad* y la verdadera religión son máspreciados que el oro y la plata’.”⁴

También, fray Bernardo de Mesa expuso a la Corte que en su opinión los indios tenían una condición servil por naturaleza. Ambos, al uso de la época, se basaron en el respaldo argumental que proporcionaba la utilización de la ‘autoridad’ y tomaron de Aristóteles la justificación que necesitaban pues, siglos atrás, el filósofo griego alegó en su *Política* que es siervo *a natura* el hombre que sólo en grado mínimo participa de la razón, esto es, que carece de plenitud racional, sólo útil para trabajos corporales y que puede ser sujeto a la esclavitud de manera provechosa y justa.⁵

³ O’Gorman, *op. cit.* p. 11.

⁴ *Ibidem.* p. 11.

⁵ Véase: Aristóteles, *Política*, en el libro primero, capt. II, en la p. 8 dice textualmente : “En el estudio del hombre hay que ver pues al hombre mejor dispuesto tanto en su cuerpo como en su alma, y en el cual es visible la preeminencia indicada, mientras que en los malos o que se hallan en disposición viciosa, se diría que a menudo el cuerpo impera sobre el alma, a causa de hallarse en disposición perversa y contraria a la naturaleza. [...] El alma, en efecto, gobierna el cuerpo con dominio despótico, mientras que la inteligencia gobierna el apetito irracional con dominio político y regio; en todo lo cual es manifiesto que es conforme a la naturaleza y provechoso para el cuerpo ser regido por el alma, y para la parte pasional serlo por la inteligencia y por la parte racional del alma, mientras que el estar todas esas partes en situación de igualdad o en posición contraria, es a todos dañoso. Lo mismo debe decirse en las relaciones entre el hombre y los demás animales.

Como se ve, la doctrina sobre la servidumbre tiene antigua data, “pero lo original era extender esas ideas al caso de América” señaló el historiador Silvio Zavala.⁶

Escribió Sepúlveda que “con perfecto derecho los españoles imperan sobre estos bárbaros del Nuevo Mundo e islas adyacentes, los cuales en prudencia, ingenio, virtud y humanidad son tan inferiores a los españoles como los niños a los adultos y las mujeres a los varones, habiendo entre ellos tanta diferencia como la que va de gentes fieras y crueles a gentes clementísimas, de los prodigiosamente intemperantes a los continentales y templados, y estoy por decir que de monos a hombres”.⁷

Zavala revela que Sepúlveda obtuvo el aplauso de los conquistadores de México, de manera que el Ayuntamiento acordó obsequiarle “algunas cosas desta tierra de joyas y aforros hasta el valor de doscientos pesos de oro de minas”.⁸

Del lado de los indios, fray Bartolomé de las Casas, con agudeza argumentó “que calificar de bárbaros e irracionales a todos los pueblos o la mayor parte del Nuevo Orbe es tildar a la obra divina de un error magno que la naturaleza y su orden no pueden tolerar”.⁹ Y en su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* acusó “lo que ellos llaman conquistas, siendo invasiones violentas de crueles tiranos, condenadas no sólo por la ley de Dios, pero por todas las leyes humanas, como lo son y muy peores que las que hace el turco para destruir la Iglesia cristiana...”¹⁰

Por más que los animales domésticos sean naturalmente mejores que los salvajes, es provechoso a todos ellos ser regidos por el hombre, pues de este modo se provee a su seguridad. Asimismo, entre los sexos, el macho es por naturaleza superior y la hembra inferior; el primero debe por naturaleza mandar y la segunda obedecer. Pues de la misma manera es necesario que así sea con la humanidad en general. Aquellos hombres que difieren tanto de los demás como el cuerpo del alma o la bestia del hombre (y según de este modo están dispuestos aquellos cuya función es el uso del cuerpo, y esto es lo mejor que de ellos cabe esperar) son por naturaleza esclavos, y para ellos es mejor ser mandados con este género de mando...” En la p. 9, dice: “Es pues manifiesto que hay algunos que por naturaleza son libres y otros esclavos, y que para éstos es la esclavitud cosa provechosa y justa”. Y en la p. 11: “De lo anterior resulta manifiesto que no es lo mismo el señorío despótico que el político, como no son tampoco idénticas todas las formas de gobierno, según afirman algunos. El señorío político se ejerce sobre hombres libres por naturaleza, el despótico sobre los naturalmente esclavos...”

⁶ Silvio Zavala, *Filosofía de la Conquista*, p. 48.

⁷ Zavala, *op. cit.* p. 55.

⁸ *Ibidem.* p. 58.

⁹ *Ibid.*, p. 84-85.

¹⁰ Bartolomé de las Casas, *Brevísima relación...* p. 50.

Por su parte, el teólogo dominico Vitoria decía de los indios en 1539: “el que parezcan tan idiotas débese en su mayor parte a la mala educación, ni más ni menos que entre nosotros hay muchos rústicos que poco se diferencian de las bestias”.¹¹

Las Casas dedicó su existencia a defender con la palabra hablada y escrita y con obras a los indígenas, alegó una y otra vez, que los naturales de América vivían en pueblos y ciudades “que es señal y argumento grande de razón”; tenían señores poderosos que los regían y constituían repúblicas pacíficas y ordenadas; y que contaban con muy buenas disposiciones de miembros y órganos de las potencias, proporcionados y delicados, y de rostros de buen parecer.¹²

En lo relativo a la existencia real del canibalismo entre buena parte de las civilizaciones americanas, desde los salvajes caribes hasta los pueblos más desarrollados como los aztecas que lo incluían en sus ritos religiosos, Zavala comenta sobre Las Casas que

la difundida práctica de los sacrificios humanos constituía un obstáculo para la idealización de la cultura de los indios; sin embargo, nuestro audaz cristiano del siglo XVI no se arredró ante el problema, afirmando: “Las naciones que a sus dioses ofrecían en sacrificio hombres, por la misma razón mejor concepto formaron y más noble y digna estimación tuvieron de la excelencia y deidad y merecimiento (puesto que idólatras engañados) de sus dioses y, por consiguiente, mejor consideración naturalmente y más cierto discurso, y juicio de razón, y mejor usaron de los actos de entendimiento que todas las otras, y a todas las dichas hicieron ventaja, como más religiosas, y sobre todos los del mundo se aventajaron los que por bien de sus pueblos ofrecieron en sacrificio sus propios hijos”.¹³

Aclara Zavala que esta doctrina le pareció a Sepúlveda, como era de esperarse, “impía y herética”.

Para dar por concluido el debate -aunque no en los hechos pues los indígenas han seguido sufriendo hasta nuestros días la expoliación inmisericorde, como todos sabemos- el pontífice Paulo III declaró a favor del indio americano. Lo hizo en el año de 1537 en sendas bulas, tras señalar la obligación que tiene la Iglesia de adoctrinar a todos los pueblos y al añadir que el demonio ha estorbado la predicación y

sus satélites, que deseosos de conocer su codicia, se atreven a andar diciendo que los indios occidentales o meridionales deben reducirse a nuestro servicio como brutos animales,

¹¹ Zavala, *Filosofía...* p. 91.

¹² O’Gorman, “Sobre la naturaleza bestial...” p. 14.

¹³ Zavala, *Filosofía...* p. 77.

poniendo por pretexto que son incapaces de la fe católica, y los reducen a esclavitud apretándolos con tantas aflicciones cuantas apenas usarían con los brutos animales de que se sirven [...] teniendo en cuenta que aquellos, como verdaderos hombres que son, no solamente son capaces de la fe cristiana, sino que se acercan a ella con muchísimo deseo [...] Con autoridad apostólica por las presentes letras determinamos y declaramos [...] que los dichos indios y todas las naciones que en lo futuro vendrán a conocimiento de los cristianos aun cuando estén fuera de fe, no están sin embargo privados, ni hábiles para ser privados de su libertad ni del dominio de sus cosas [...] y no se les debe reducir a esclavitud.¹⁴

c) El Indio, los intereses contrapuestos

Está claro que la empresa que representó la conquista de América, requería de una importante inversión tanto en monetario como en esfuerzo individual y colectivo. Es cierto que los primeros viajes realizados por Colón fueron sostenidos con el aporte de los reinos de Castilla y Aragón, a través de los Reyes Católicos, Isabel y Fernando; pero la tendencia pronto cambió, tanto ellos como Carlos V y Felipe II, se abstuvieron de apoyar directamente las expediciones y conquistas americanas y, por consiguiente estas actividades se convirtieron en emprendimientos de particulares regulados y administrados por el gobierno mediante la Casa de Contratación y el Consejo de Indias.¹⁵ Resulta por ello comprensible que el deseo incontenible de los soldados por resarcirse de los gastos realizados fuera a costa de los indios.¹⁶ Eso, obviamente no excluye que el conquistador haya alegado a su favor, como lo hizo Cortés, que “está puñando por la fe”¹⁷ y que el mismo Bernal Díaz del Castillo, en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, ponderara los servicios que los conquistadores hicieron “a Dios y a su Majestad y a toda la Cristiandad”.¹⁸

Pero como en toda guerra de intervención, hacía falta la justificación –además de la que vimos realizada *post-facto* por los abogados de la conquista- para que en los primeros encuentros entre indígenas y españoles, tuvieran éstos el pretexto para acometer la conversión violenta de los infieles al cristianismo. En efecto, hoy nos resulta sumamente

¹⁴ Citado por O’Gorman, “Sobre la naturaleza bestial... p. 13. También lo cita Zavala, *Filosofía...* p. 87.

¹⁵ Véase J. L. Martínez, *Cortés*, p. 56. También hay que tomar en cuenta lo que dice Lafaye en *Los conquistadores*: “la monarquía sólo intervino como parte recibidora: toda expedición llevaba un contralor de las finanzas (*contador*), encargado de velar por el *quinto del rey*, es decir, por el descuento de la quinta parte del botín destinada al tesoro real”. p. 35.

¹⁶ Zavala, *Filosofía...*, p.37.

¹⁷ Zavala, *Filosofía...*, p.24.

¹⁸ *Ibid.*

curioso, pero en esas ocasiones se les leía a los indios un “requerimiento” en el que se les explicaba brevemente la doctrina cristiana, para que supieran quién era Cristo, quién el Papa y el derecho que tenían los cristianos para exigirles la sujeción a su poder. Una vez que se les informaba que todos los hombres son prójimos y descienden de Adán, se les pedía que reconocieran a la Iglesia, al Papa, al Rey y la Reina como superiores de estas tierras por donación papal. Si se sometían, se les trataría con amor y caridad, se les dejarían sus mujeres, hijos y haciendas libres... si se negaban, el capitán, con la ayuda de Dios, les haría la guerra, los haría esclavos, etcétera.¹⁹

El mentado requerimiento dio pie a situaciones un tanto absurdas; basta imaginar a los indios frente a tales palabras, la dificultad de comunicarse a través de los distintos idiomas hablados por las dos partes y teniendo ambos una cosmovisión y antecedentes históricos radicalmente distintos. Incluso había entre los españoles quienes tampoco comprendían este alegato.²⁰ Ello, no obstante, no impidió que se registraran muestras de ingenio entre los americanos:

En alguna crónica de la época, como la del Bachiller Enciso, impresa en 1519, se relata que ciertos caciques de Castilla del Oro fueron requeridos de la manera expuesta antes, y contestaron que en lo que se les decía acerca de que no había sino un Dios que gobernaba el cielo y la tierra, que así debía de ser; pero que el Papa daba lo que no era suyo, y que el Rey que lo pedía y lo tomaba debía ser un loco, pues exigía lo que era de otros; que fuese el capitán a tomarlo y le pondrían la cabeza en un palo, como tenían otras de sus enemigos, que le mostraron.²¹

Si bien hubo pueblos en las Indias que se negaron a aceptar los términos del exhorto, provocando con ello que se les tomara por la fuerza, hubo algunos que acogieron en buenos términos al invasor y no por ello fueron mejor tratados. Montaigne²² da cuenta de los casos de Atahualpa y Cuauhtémoc, víctimas de la traición y el engaño que

¹⁹ Véase Zavala, *Filosofía...* p. 29.

²⁰ “En 1516 Oviedo le preguntaba al doctor Palacios Rubios [a quien se atribuye la autoría del requerimiento] si la conciencia de los cristianos podía al menos quedar tranquila una vez lanzado el ritual ‘requerimiento’ antes de hacerles ‘guerra’ a los indios. Recibía de él, por supuesto, respuesta afirmativa, e incluso sazónada con muchas risas cínicas; pero ‘mucho más me pudiera yo reyr dél y de sus letras (que estaba reputado por grand varón, y por tal tenía lugar en el Consejo Real de Castilla) si pensaba que lo que dice aquel requerimiento lo avían de entender los indios’. Y ocho años después (1524) le contaba al Rey que el ‘requerimiento’ no sólo no lo entendían los indios, pero ‘ni aun lo entendían los que lo leían’. Véase: Gerbi, *La naturaleza de las...*, p. 403.

²¹ Véase Zavala, *Filosofía...* p. 30. El mismo pasaje, tomado de la obra de Gómara, es citado por Montaigne.

²² Véase más adelante las páginas 40 y 41.

concibieron los conquistadores por la ambición desmedida y el deseo de más oro y riquezas difícil de saciar.

Eso mismo, y muchos casos más, fueron también criticados por los defensores españoles de los indios, en especial fray Bartolomé de las Casas.

Para conocer la situación que se dio *realmente* en las tierras de América, veamos lo que dice Urs Bitterli, refiriéndose a Cuba:

A estas acciones directas de sojuzgamiento y exterminio, sucedieron las indirectas. Puesto que no tardó en ponerse de manifiesto que los yacimientos de oro de la isla no eran inagotables, se decidió aprovechar la fertilidad del suelo y las favorables condiciones meteorológicas. El reparto de la propiedad de la tierra que dispuso el primer gobernador de la isla, Ovando, no tomó para nada en consideración los derechos de propiedad de los indios; su sistema de administración agraria obligó a los nativos a soportar el peso principal del trabajo. La propiedad de la tierra, los derechos de prospección y los privilegios comerciales fueron otorgados por Ovando a los numerosísimos hidalgos –miembros de la baja nobleza española- que emigraban a Ultramar, los cuales resentían el trabajo manual como denigrante y, ahora, daban rienda suelta a sus aspiraciones de poder, muy restringidas en la metrópoli. De acuerdo con el sistema de “repartimiento”, a estos terratenientes les fueron adjudicados indios en calidad de auxiliares, que ciertamente, y según las estipulaciones emanadas de la Corona, debían ser considerados súbditos libres, pero que de hecho y en realidad –puesto que tal protección jurídica apenas llegó a ser eficaz allende el océano- llevaban una existencia de esclavos.²³

A favor de la imagen del español, O’Gorman, en su interesante libro en el que estudia el proceso de apropiación por el europeo del concepto de Nuevo Mundo, dice que

Efectivamente, en lugar de deshacerse del indio o simplemente utilizarlo sin mayor preocupación que la del rendimiento del trabajo, España intentó de buena fe –pese al alud de críticas que se le han hecho- incorporarlo por medio de leyes e instituciones que, como la encomienda, estaban calculadas para cimentar una convivencia que, en principio, acabaría por asimilarlo y en el límite, igualarlo al europeo. España no conoció más discriminación racial que la consagrada en un cuerpo de disposiciones paternas y protectoras del indio contra la rapacidad y el mal ejemplo de los españoles, y si esas medidas no dieron el fruto esperado, debe de reconocerse el propósito del intento que, a pesar de todo, no dejó de cumplirse de cierta manera en el mestizaje.²⁴

Esta posición omite la discusión sobre el derecho que tiene un país para imponer su cultura (religión, lengua y todo el sistema jurídico y de formas de convivencia) a otros. Así, todos los defensores del indio en España y América en la primera mitad del siglo XVI, sin duda,

²³ Urs Bitterli, *Los ‘salvajes’ y los ‘civilizados’*. *El encuentro de Europa y Ultramar*, p. 153.

²⁴ O’Gorman, *La invención de América*, p. 154.

con generosidad y devota caridad cristiana, procuraron a los naturales, los cuidaron, educaron y protegieron, pero partiendo siempre de la posición colonial, dependiente de la idea de la misión que tenía el pueblo español de convertir a la religión católica a seres que se habían mantenido hasta entonces ajenos a ella.²⁵ Borrando de esta manera casi por completo, con el sistema de valores, creencias y toda la estructura social que había dado sentido a su vida. El mismo propósito, aunque reñidos en los métodos, hermanan a conquistadores y defensores de los indios. Con realismo, tanto monjes como la alta jerarquía gobernante española y el Papa se inclinaron finalmente por proteger al indio una vez consumada, en su propio beneficio, la conquista y colonización de América.

Va a ser en otro lugar, en el mismo siglo, que otro humanista, Michel de Montaigne, se atreverá a cuestionar, mientras critica la crueldad de los conquistadores, el derecho que asiste a una nación de imponerse sobre otras y trastornar por entero su vida, como veremos más adelante.

d) El Indio, concepciones e intereses en otras latitudes

Por la trascendencia del hecho mismo, solemos pensar que el descubrimiento y la conquista de América tuvo en su momento fuerte impacto en la mentalidad europea, sin embargo, lejos estaba este continente de suscitar tanto interés. Menéndez Pidal señaló que

la conquista de México puede, como hecho humano, ser más hazañosa que la conquista de las Galias por César, pero tiene por escenario un tierra sin historia, y la historia no puede valorar el hecho nuevo al igual que el antiguo. Los mismos hombres de entonces, que se beneficiaban tanto con aquella conquista, se interesaban mucho menos en los grandes sucesos de América que en las menores cosas de Europa. Cuando se ganó la ciudad de México, Carlos V estaba en Flandes, ajeno por completo a lo que Cortés hacía, preocupado sólo de su alianza con el rey de Inglaterra contra Francia. Las Indias españolas crecían por iniciativa particular, sin aportación alguna del erario, sin más cuidado del rey que gastar el oro que enviaban de allá y organizar y regir la tierra que le conquistaban.²⁶

²⁵ Bernard Cottret recuerda un párrafo de Las Casas en el que éste declara: “J’ai bonne espérance que l’empereur et roi d’Espagne, notre seigneur et sire don Charles le Quint de ce nom, qui commence à entendre les méchancetés et trahisons qui ont été commises et se commettent contre ce pauvres gens et pays [...] extirpera tant de maux et mettra remède à ce monde nouveau *que Dieu lui a donné...*” en *La Renaissance – 1492 -1598*, p. 74.

²⁶ Citado por José Luis Martínez, *Cortés*, p. 73.

Varios problemas obsesionaban a los dirigentes de entonces: la amenaza turca y musulmana, la creciente división entre los mismos europeos provocada por el protestantismo y las luchas dinásticas y territoriales en la propia Europa; para ellos América estaba muy lejos. Según Marcel Bataillon, en ese tiempo se imprimieron el doble de libros dedicados a los turcos que los que tenían América por tema.²⁷ Y si no tomamos en cuenta lo anterior puede resultar difícil de creer que Carlos V en sus *Memorias* dictadas entre 1550 y 1552 para informar al príncipe Felipe de los asuntos de gobierno que le tocó atender, “no aparece ni una sola mención del Nuevo Mundo o de las Indias, ni de México ni de Hernán Cortés. Todo se refiere a los conflictos europeos, sus viajes, su familia y su gota. Y en el resto de los documentos personales del emperador, la única mención de Cortés aparece en la lista de personas a las que se solicitarán préstamos...”²⁸

Si eso pasaba en el reino que más beneficios obtuvo en metales y tierras aprovechados y puestos bajo su dominio,²⁹ vale la pena analizar lo que acontecía en otros países como Francia e Inglaterra, que sólo indirectamente tuvieron algo que ver con el mundo del otro lado del Atlántico, sobre todo en una primera etapa (el último decenio del siglo XV y las primeras décadas del siguiente), en la que se registraron los descubrimientos más importantes bajo el ímpetu de españoles y portugueses.

Que el tema de la conquista de América no tuviera la amplia presencia en la mentalidad europea que pudiéramos pensar, no quita que haya tenido cierta consideración, sobre todo entre los grupos ilustrados; Urs Bitterli comenta que “Bartolomé de las Casas, en un panfleto que, tras el hundimiento de la Armada [Invencible], fue reeditado en Inglaterra y utilizado preferentemente como una crítica a la situación colonial española, describió con palabras elocuentes los efectos nocivos del trabajo forzoso sobre la población india.”³⁰ La utilización de la *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* por los enemigos de España es sólo parte de la lucha ideológica que se llevaba a cabo entre

²⁷ Citado por José Luis Martínez, *Ibid.*

²⁸ José Luis Martínez, *op. cit.*, p. 73.

²⁹ El propio Francisco López de Gómara, en la ‘Dedicatoria a don Carlos, emperador de romanos, rey de España, señor de las Indias y Nuevo Mundo’ de la *Historia general de las Indias*, dice: “Pues muchas más hubieran descubierto, sujetado y convertido, si vuestra majestad no hubiera estado tan ocupado en otras guerras; aunque para la conquista de Indias no es menester vuestra persona, sino vuestra palabra.” Véase: *Historia de la conquista de México*, p. 40.

³⁰ Urs Bitterli, *Los ‘salvajes’...*, p.154.

potencias europeas, en especial Inglaterra y Francia, que encaraban varios conflictos con la península ibérica.

Géralde Nakam cuenta que una expedición en la Florida de más de cien franceses fue masacrada por el ‘adelantado’ Menendez de Avilés quien justificó el hecho alegando que los mató, no por ser franceses, sino por ser luteranos. Ello provocó la estupefacción de los círculos protestantes en Francia que plantearon “les premiers et les seuls avant Montaigne, le problème des droits et des méthodes de la conquête espagnole en Amérique”.³¹ Esa matanza a su vez provocó la reacción del bordelés Dominique de Gourgues, en agosto-septiembre del año 1565, en una expedición en Brasil vengó a los suyos colgando a los prisioneros que había hecho, replicando que lo hizo no por ser españoles, ni por ser marranos, sino más bien por ser traidores, ladrones y asesinos.³²

Lo cierto es que la potencia europea dominante, España, tenía problemas con buena parte de sus vecinos, lo que aunado a la contienda religiosa al interior de cada país, alentaba el establecimiento de alianzas entre ella y distintas familias reales o entre aspirantes de la aristocracia al reino, para favorecer uno u otro partido en un juego constante que no impedía que se dieran las más viles traiciones en función de la conveniencia política del momento.³³ Esos conflictos alentaron un sentimiento general antiespañol que aprovechó las críticas que los mismos españoles (Las Casas y otros) hicieron al proceso de conquista en América para desprestigiar la causa hispana en los distintos territorios en disputa. Además, España se había convertido en la cabeza de la reacción religiosa contra el protestantismo y –junto con la curia romana- se encerraba cada vez más en una intransigencia en materia de fe y del rito católico que la acompaña,³⁴ lo que atizó más aún la animadversión entre los medios liberales y entre los adscritos a la renovación de la Iglesia. El español fue visto como cruel y fanático, capaz de exterminar a veinte millones de indios, concepción que a la larga derivó en lo que se ha dado por llamar la “leyenda negra”.³⁵

³¹ Géralde Nakam, *Montaigne et son temps*, p.221.

³² *Ibidem*.

³³ Véase al respecto en Nakam, *op. cit.*, los constantes cambios de bandera, algunos abiertamente, algunos de manera oculta, de los personajes reales en Francia que provocaron muchas de las masacres en territorio francés, entre ellas la de San Bartolomé.

³⁴ Véase Jean Delumeau, *La civilisation de la Renaissance*, p. 148 ; también J. H. Elliott, *La Europa dividida*.

³⁵ Elliot, *op. cit.*, menciona en la nota de la p. 295: “La primera edición neerlandesa de la obra de Las Casas, *Breve relación de la destrucción de las Indias*, fuente esencial para la ‘Leyenda Negra’, apareció en 1578.”

Sin embargo, la polémica no tuvo en Europa (fuera de España evidentemente) mayor relevancia, es decir, no contó con la amplitud, la calidad y la profundidad en la discusión que se dio en los territorios dominados por los españoles; el aporte filosófico y el compromiso tanto político como social y práctico que dio vida al debate sobre el indio americano no cobró nueva fuerza en otras latitudes, y mucho menos llevó esa discusión – fuera de la mera propaganda política- a buscar y ahondar en nuevos postulados.

Aun así, hubo quien retomó el tema para tratar de entender las razones que orillan al ser humano a comportarse con inusitada crueldad hacia sus semejantes y para poner en duda la justificación de las turbulencias políticas que padecían sus contemporáneos. Fue Michel de Montaigne el que se ocupó de ello y de otros asuntos relacionados con la misma preocupación, de eso hablaremos en el siguiente capítulo.

Capítulo II

Montaigne en el debate

a) El Indio Americano en los *Ensayos*

Libro Primero.

Muy temprano se manifiesta en la obra cumbre de Montaigne la atención que había despertado en él la información que provenía de América, tan es así que desde la nota ‘Al lector’, que funge como presentación de su escrito, alude a esa región diciendo: Si yo hubiera estado entre esas naciones que dicen que todavía viven bajo la dulce libertad de las primeras leyes de la naturaleza, te aseguro que voluntariamente me hubiera pintado todo entero, y todo desnudo.

Y en el Libro Primero de los *Ensayos*, apenas en el tercer capítulo, el dedicado al ‘Aprecio que tenemos por el futuro’, apoya este planteamiento con múltiples ejemplos entre los cuales anota -junto con otros casos extraídos de la antigua historia griega y romana y la reciente de su país y de naciones vecinas- la costumbre que “ciertos indios” tenían de portar las osamentas de sus capitanes en los combates que sostenían contra los españoles en consideración a aquellos; y otros pueblos “en ese mismo mundo” llevaban a la guerra los cuerpos de los más valientes muertos en la batalla para darse valor y buena suerte.¹

Sin embargo, es preciso que aclaremos desde ahora que este fragmento y el siguiente, así como muchos más de los que veremos adelante, fueron incluidos *después* de la primera edición de los *Ensayos* (1580) ya que fueron fruto de la lectura que hiciera el

¹ Cfr. *Essais*, en el capítulo: ‘Nos affections s’emportent au dela de nous’, p. 21, en *Œuvres complètes*: “Certains Indiens portoient ainsin au combat contre les Espagnols les ossemens de l’un de leurs Capitaines, en consideration de l’heur qu’il avoit eu en vivant. Et d’autres peuples en ce mesme monde, trainent à la guerre les corps des vaillans hommes qui sont morts en leurs batailles, pour leur servir de bonne fortune et d’encouragement.”

Aviso: De aquí en adelante, cuando aparece en este escrito la anotación *Essais* se refiere siempre a los textos incluidos en las obras completas de la edición La Pléiade.

humanista gascón, probablemente entre 1586 y 1587, una vez que estuvo disponible en francés, la obra del cronista español Francisco López de Gómara, la *Historia general de las Indias*.²

Más adelante, poco después del inicio del capítulo XXIII, habla de “ese mundo de las nuevas Indias” que hacían provisión de víveres y los cocían y aderezaban con diversas salsas pero encontraron que consumir la carne de la que solían alimentarse los europeos, los envenenaba y producía la muerte.³ Refiere una extensa muestra de acontecimientos históricos tomados de sus copiosas lecturas que utiliza para desplegar, quizás aquí más que en otras páginas del libro, parte de su ideario político para aseverar que la costumbre embrutece nuestros sentidos y que no es fácil cambiar una ley recibida, argumento que dio título a este capítulo de los *Ensayos*, y al que habremos de regresar posteriormente.

En el capítulo XXX, dedicado a ‘La moderación’, comenta sobre el uso de gratificar al cielo y a la naturaleza por medio de la masacre y el homicidio universalmente practicado por todas las religiones; por ello señala en los últimos párrafos, después de haber mencionado varios casos de asesinatos masivos, incluso contemporáneos y europeos, que “en esas nuevas tierras, descubiertas en nuestro tiempo, puras y todavía vírgenes comparadas con las nuestras, el uso [de los sacrificios humanos] es general; todos sus ídolos se abrevan de sangre humana”, y enumera diversos ejemplos de crueldad: se quema vivos a los hombres y, medio asados, se les retira de las brasas para arrancarles el corazón y las entrañas. A las mujeres, las desollan vivas, y con la piel todavía sangrante, enmascaran a otras. Sin embargo, apunta: son muestra de constancia y resolución la que tienen esos seres pues acuden al sacrificio cantando y danzando.

Enseguida, utilizando del mismo Gómara pero ahora teniendo la edición italiana como fuente, de la *Istoria di don Fernando Cortes*,⁴ asienta que “los embajadores del rey de México” queriendo ponderar la grandeza de su amo a “Fernand Cortez”, le indicaron que él tenía treinta vasallos que podían reunir cada uno cien mil combatientes, que reinaba en la más bella y fuerte ciudad que hubiera bajo el cielo, añadiendo que podía ofender

² *Histoire générale des Indes*, traducida por Fumée (1584).

³ Cfr. *Essais*, ‘De la coustume et de ne changer aisément une loy receüe’, p. 106 y 107: “Et en ce monde des Indes nouvelles on trouva des grands peuples et en fort divers climats, qui en vivoient, en faisoient provision, et les apastoient, comme aussi des sauterelles, formiz, laizards, chauvessouriz, et fut un crapault vendu six escus en une necessité de vivres; ils les cuisent et apprestent à divers sauces. Il en fut trouvé d’autres ausquels noz chairs et noz viandes estoyent mortelles et venimeuses.”

⁴ Publicada en Venecia en 1576. Cfr. la nota en: *Œuvres complètes*, p. 1493.

anualmente a los dioses, cincuenta mil hombres, y que realizaban la guerra a sus vecinos, no nada más para ejercitar a su juventud, sino principalmente, para hacerse de prisioneros de guerra para sus sacrificios. Además, en un barrio, para dar la bienvenida al conquistador español, dieron muerte a cincuenta hombres de una sola vez. Y concluye que algunos de esos pueblos, habiendo sido derrotados por Cortés, en búsqueda de su amistad le enviaron tres tipos de presentes: cinco esclavos, por si fuera un dios altivo que requiriese comer carne y sangre humana; incienso y plumas, si era dios benigno; y pájaros y frutas si fuera humano.⁵

Inmediatamente después de los fragmentos que acabamos de mencionar, aparece en el capítulo XXXI, el muy conocido intitulado ‘De los caníbales’ en el que habla largamente de los naturales americanos, éste sí formando parte de la obra desde su primera edición ya que relata la experiencia vivida por el propio autor en Rouen cuando tuvo oportunidad de conocer unos indígenas brasileños en el año 1562.

En él Montaigne pretende hacer evidente la relatividad del juicio y recurre, como suele hacer, a ejemplos tomados de la historia. Inicia refiriendo la anécdota de lo dicho por el rey Pirro cuando vio en Italia el orden en el cual los romanos lo enfrentaron: ‘no sé qué tipo de bárbaros son estos (ya que los griegos llamaban así a todas las naciones extranjeras), pero la disposición de este ejército no es bárbara de ninguna manera’. Es preciso –sentencia el francés- cuidar de atarnos a las opiniones vulgares, y necesitamos juzgarlas por la vía de la razón, no por lo que comúnmente se dice.

⁵ Cfr. *Essais*, ‘De la moderation’, p. 199 y 200: “Et en ces nouvelles terres, descouverts en nostre aage, pures encore et vierges au pris de nostres, l’usage en est aucunement receu par tout; toutes leurs Idoles s’abreuvent de sang humain, non sans divers exemples d’horrible cruauté. On les brule vifs, et, demy rotis, on les retire du brasier pour leur arracher le cœur et les entrailles. A d’autres, voire aux femmes, on les escorche vives, et de leur peau ainsi sanglante en revest on et masque d’autres. Et non moins d’exemples de constance et resolution. Car ces pauvres gens sacrificables, vieillars, femmes, enfans, vont, quelques jours avant, questant eux mesme les aumosnes pour l’offrande de leur sacrifice, et se presentent à la boucherie chantans et dançans avec les assistans. Les ambassadeurs du Roy de Mexico, faisant entendre à Fernand Cortez la grandeur de leur maistre, après luy avoir dict qu’il avoit trente vassaux, desquels chacun pouvoit assembler cent mille combatans, et qu’il se tenoist en la plus belle et forte ville qu’il fut soubz le ciel, luy adjousterent qu’il avoit à sacrifier aux Dieux cinquante mille hommes par an. De vray, ils disent qu’il nourrisoit la guerre avec certains grands peuples voisins, non seulement pour l’exercice de la jeunesse du país, mail principalement pour avoir dequoy fournir à ses sacrifices par des prisonniers de guerre. Ailleurs, en certain bourg, pour la bien venue du dit Cortez, ils sacrifierent cinquante hommes tout à la fois. Je diray encore ce compte. Aucuns de ces peuples, ayants esté batuz par luy, envoyerent le reconnoistre et rechercher d’amitié; les messagers luy presenterent trois sortes de presens, en cette maniere: «Seigneur, voylà cinq esclaves; si tu se un Dieu fier, qui te paisses de chair et de sang, mange les, et nous t’en amerrons d’avantage; si tu es un Dieu debonnaire, voylà de l’encens et des plumes; si tu es homme, prens les oiseux et les fruicts que voyci».”

A continuación afirma haber conocido a una persona que había vivido en “ese otro mundo que fue descubierto en nuestro siglo” (en lo que hoy conocemos como Brasil), descubrimiento de un país infinito que parece ser de consideración.⁶ Y duda si en un futuro no pueda suceder que se encuentre otro aún, ya que tantos grandes personajes se equivocaron hasta entonces. A mayor explicación refiere la desaparecida existencia de una enorme isla conocida como Atlántida que fue tragada por el diluvio, según el decir de los antiguos cronistas. Como gusta hacer, se aventura después en una serie de digresiones, en este caso sobre los movimientos frecuentes en la geografía y los cambios que sufren en sus fronteras los territorios conocidos.

Sobre el hombre mencionado, aclara que era simple y sin educación,⁷ condición apropiada para dar testimonio veraz, según lo concibe Montaigne en un arranque que prefigura a Rousseau. Y para no dejar lugar a dudas asevera de la nación de la que aquel proviene que no hay nada de bárbaro y salvaje,⁸ a juzgar por lo que se le ha reportado, ya que cada quien llama bárbaro a lo que no está acostumbrado, pues ciertamente parece que no tenemos otra visión de la verdad y la razón que el ejemplo y la idea de las opiniones y usos del país en el que vivimos. Creemos que en él radica la verdadera religión, la política perfecta, el adecuado y completo uso de todas las cosas. Aquellos son salvajes, de la misma manera que llamamos salvajes a los frutos que la propia naturaleza ha producido; cuando, en realidad, los que la hemos alterado artificialmente de su orden común son los que deberíamos de llamar salvajes. En los hombres de América están vivas y vigorosas las verdaderas, más útiles y naturales virtudes y atributos, que nosotros hemos envilecido y acomodado según nuestro gusto corrompido. Todos nuestros esfuerzos no pueden siquiera representar el nido de un sencillo pajarillo, su textura, su belleza y la utilidad de su uso, eso sin mencionar el tejido de una débil araña.⁹

Esas naciones me parecen bárbaras de esa manera –sigue diciendo Montaigne, ajeno a la idea decimonónica del desarrollo ascendente y continuo de la humanidad- por haber recibido tan poco del espíritu humano y por estar tan cerca de su ingenuidad original. Las leyes naturales las guían todavía, poco adulteradas por nuestras leyes; pero me disgusta

⁶ *Essais*, ‘Des cannibales’, p. 200.

⁷ *Essais*, p. 202.

⁸ *Essais*, p. 203.

⁹ *Essais*, p. 204.

pensar que el descubrimiento no haya podido suceder en tiempos más tempranos en los que hubiera habido hombres que pudieran haberlas juzgado mejor que nosotros. Dichas naciones superan el ideal imaginado por Licurgo y Platón, y en ellas no se escuchan las palabras que significan la mentira, la traición, el disimulo, la avaricia, la envidia, la denigración y el perdón.¹⁰

Además viven en un país agradable en donde, según lo que le comentaron sus testigos, es extraño ver un hombre enfermo. Continúa con la descripción de algunas características físicas de los territorios, de los recursos naturales, de las construcciones de los indígenas, de sus alimentos y costumbres. Confiesa haber probado él mismo una especie de pan que consumen y aunque lo encontró dulce le pareció un tanto soso.¹¹ Se la pasan danzando todo el día, los jóvenes van a la caza con arcos y una parte de las mujeres mientras tanto calientan sus bebidas. Alguno de los viejos, en la mañana antes de que coman, predica a toda la granja común, caminando de un lado a otro repitiendo la misma cláusula varias veces, hasta terminar la vuelta que es grande. Él no les recomienda más que: el valor ante los enemigos y la amistad a sus mujeres.¹² En varios lugares pueden verse –yo tengo algunos en mi casa, dice Montaigne- la forma de sus camas, de sus cordones, de sus espadas y brazaletes de madera con los que cubren sus puños en los combates, y grandes bastones abiertos por uno de sus lados, con cuya cadencia sostienen sus bailes. Menciona que creen en las almas inmortales, que las que hicieron méritos ante sus dioses, moran en donde el sol se eleva, las malditas, en donde se pone. Habla de su religión y sus sacerdotes y “profetas” (así los denomina). Estos profetas, que viven en las montañas y se presentan poco ante el pueblo, pronostican los acontecimientos por venir y lo que deben esperar de sus empresas, animan a sus pueblos o los disuaden de ir a la guerra, de manera tal que si sucede lo contrario de lo que predijeran, son destazados en mil pedazos, condenados como falsos profetas y no se les vuelve a ver más. Comenta que ese don divino es algo que debe ser castigado cuando es falso y abusivo,¹³ relata las penas que sufrían entre los escitas los adivinos cuando fallaban y concluye que quienes manejan lo que está sujeto a la conducta de la capacidad humana, hacen lo que pueden y son excusables; pero los que presumen de

¹⁰ *Ibidem.*

¹¹ *Essais*, p. 205.

¹² *Essais*, p. 206.

¹³ *Ibidem.*

contar con una facultad extraordinaria que está fuera de nuestro entendimiento, ¿no es preciso castigarlos por no mantener el efecto de su promesa y la temeridad de su impostura?

Tienen sus guerras –aclara Montaigne- contra las naciones que se encuentran más allá de sus montañas, a las cuales acuden desnudos con arcos y espadas de madera puntiaguda. Maravilla la firmeza de sus combates que no terminan sino con la muerte o un reguero de sangre pues no conocen la huida o el temor. Cada quien ata a la entrada de su morada una cabeza del enemigo que ha abatido a manera de trofeo. Después de haber tratado bien durante mucho tiempo a sus prisioneros y de haberles proporcionado las comodidades de las que son capaces, el que los dirige, reúne a todos sus coetáneos, ata de un brazo a uno de los prisioneros y lo entrega al más querido de los amigos y entre los dos lo muelen a golpes de espada frente a la asamblea. Una vez efectuado lo anterior, lo asan y comen en común y envían pedazos a los amigos ausentes. Lo hacen, no como pudiera pensarse, para nutrirse como hacían los escitas, sino como señal de extrema venganza.¹⁴ Para confirmar este impulso, relata enseguida lo que usaban los portugueses que se aliaron con sus enemigos, que enterraban hasta la cintura y maltrataban hasta provocarles la muerte a los que apresaban, ante lo cual, como pensaron que esos seres del otro mundo (los europeos) que habían sembrado el conocimiento de muchos vicios entre sus vecinos, puesto que eran más expertos que ellos en todo tipo de maldad, y que era esa una venganza más amarga, dejaron la antigua costumbre y abrazaron la nueva.

Ante tales muestras de crueldad declara Montaigne: no me pesa que señalemos el bárbaro horror que existe en semejante acción, pero sí de que, juzgando sus faltas, seamos tan ciegos de las nuestras. Pienso que hay más barbarie en comer un hombre vivo que a uno muerto, en desgarrar en tormentos y molestar un cuerpo todavía lleno de sentimientos, en hacerlo tostar parte por parte, y en permitir que los perros y los puercos lo muerdan y maten que asarlo y comerlo una vez que ha fallecido.

En este párrafo, en el cual salta a la vista la evidente contradicción en la que incurre el autor pues a igual tormento en vida es sometida la víctima ya sea que se trate de la costumbre indiana o la europea, pero lo más interesante es que en ese pasaje intercala entre paréntesis, cuando está hablando de la crueldad injustificable hacia un ser vivo, estas

¹⁴ *Essais*, p. 207.

palabras: *como lo hemos no solamente leído, sino visto recientemente, no entre antiguos enemigos, sino entre vecinos y conciudadanos y, lo que es peor, bajo el pretexto de la piedad y la religión.*¹⁵ Esta aseveración -que hemos puesto en cursivas para destacarla a los ojos del lector, al igual que haremos con otras posteriormente- merece especial atención, como veremos más adelante.

A continuación Montaigne relata una serie de ejemplos, desde los estoicos hasta los galos asediados por César, en los que muestra que considerar la carne humana como alimento útil en los momentos de necesidad, no fue ajeno a otras civilizaciones que sin embargo gozaban de gran prestigio entre los europeos. Pero no se encontró nunca –nos dice- ninguna opinión tan torcida que justificara la traición, la deslealtad, la tiranía, la crueldad que son nuestras faltas ordinarias.¹⁶

Podemos entonces llamar bárbaros [a los indios], bajo las reglas de la razón, pero no en comparación con nosotros, que los superamos en todo tipo de barbarie, asienta con acritud el francés. Su guerra es completamente noble y generosa, y tiene tanta excusa y belleza como esta enfermedad humana pueda tener; pues no tiene otro fundamento entre ellos que el celo de la virtud.¹⁷

Prosigue mostrando el tipo de vida ideal del que gozan, sin ambición por conquistar más tierras ya que se satisfacen con lo que tienen. De la valentía de la que hacen alarde, prefieren morir y ser comidos que implorar perdón una vez que son vencidos. De lo anterior toma elementos para declarar su código ético, que exhibe sin tapujos a todo lo largo de los *Ensayos*: la estimación y el aprecio de un hombre radica en el corazón y la voluntad, es ahí donde se halla su verdadero honor; la valentía, no está en la firmeza de brazos y piernas, sino en el coraje y el alma; no consiste en el valor de nuestro caballo, ni de nuestras armas, sino de nosotros...¹⁸

¹⁵ *Essais*, p. 207 y 208: “Je ne suis pas marry que nous remerquons l’horreur barbaresque qu’il y a en un telle action, mais ouy bien dequoy, jugeans bien de leurs fautes, nous soyons si aveugles aux nostres. Je pense qu’il y a plus de barbarie à manger un homme vivant qu’à le manger mort, à deschirer par tourments et par geènes un corps encore plein de sentiment, le faire rostir par le menu, le faire mordre et meurtrir aux chiens et aux pourceaux (comme nous l’avons non seulement leu, mais veu de fresche memoire, non entre des ennemis anciens, mais entre des voisins et concitoyens, et, qui pis est, sous pretexte de pieté et de religion), que de le rostir et manger après qu’il est trespasé.”

¹⁶ *Essais*, p. 208.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ *Essais*, p. 210.

Relata poco después las muestras de firmeza de los que han sido derrotados pues se burlan y retan cantando a los vencedores que, al devorarlos, consumirán a sus propios padres y abuelos que anteriormente fueron alimento de aquellos: “estos músculos, esta carne y estas venas, son las vuestras, tontos, ya que no reconocen la sustancia de los miembros de vuestros ancestros que aquí subsisten; saboréenla bien y encontrarán el gusto de vuestra propia carne”. Invención que no parece nada bárbara, dice Montaigne. He ahí hombres bien salvajes, y es necesario que lo sean ellos o lo seamos nosotros, tanta es la maravillosa distancia entre su estilo y el nuestro.¹⁹

Incluye enseguida un párrafo que resulta sumamente curioso, pero que da fiel testimonio de la liberalidad en la manera como concibe el pensador francés el contrato matrimonial, se dirá que muy favorable a la parte masculina de la pareja, es evidente, pero no es el momento de discutir sus razones: elogia la generosidad con la cual las mujeres en el continente americano aceptan y apoyan el que el hombre tenga varias mujeres a su disposición, que tienen tantas como su reputación de valor requiere...²⁰ y cita al respecto ejemplos similares extraídos de la *Biblia*.

Después incluye Montaigne otra canción amorosa de los indios que aprecia como anacreóntica y nada bárbara, de dulce lenguaje y sonido agradable, con terminaciones como las griegas.²¹

Casi al terminar este capítulo que dedica Montaigne *in extenso* a los habitantes de la Indias, comenta sobre tres de ellos venidos a Rouen en tiempos del rey Carlos IX. Después de deplorar que esos seres se vean expuestos a la corrupción por contagio con el mundo

¹⁹ *Essais*, p. 211: “Pour revenir à nostre histoire, il s’en faut tant que ces prisonniers se rendent, pour tout ce qu’on leur fait, qu’au rebours, pendant ces deux ou trois mois qu’on les garde, ils portent une contenance gaye; ils pressent leurs maistres de se haster de les mettre en cette espreuve; ils les deffient, les injurient, leur reprochent leurs lacheté et le nombre des batailles perduës contre les leurs. J’ay une chanson faicte par un prisonnier, où il y a ce traict: qu’ils viennent hardiment trétous et s’assemblent pour disner de luy; car ils mangeront quant et quant leurs peres et leurs ayeux, qui ont servy d’aliment et de nourriture à son corps. «Ces muscles, dit-il, cette chair et ces veines, ce sont les vostres, pauvres fols que vous estes; vous ne recognoissez pas que la substance des membres de vos ancestres s’y tient encore: savourez les bien, vous y trouverez le goust de vostre propre chair». Invention qui ne sent aucunement la barbarie. Ceux qui les peignent mourans, et que representent cette action quand on les assomme, ils peignent le prisonnier crachant au visage de ceux qui le tuent et leur faisant la mouë. De vray, ils ne cessent jusques au dernier soupir de les braver et deffier voilà des hommes bien sauvages; car, ou il faut qu’ils le soyent bien à bons escient, ou que nous le soyons; il y a une merveilleuse distance entre leur forme et la nostre.”

²⁰ *Ibidem*.

²¹ *Essais*, p. 212: «Couleuvre, arreste toy; arreste toy, couleuvre, afin que ma sœur tire sur le patron de ta peinture la façon et l’ouvrage d’un riche cordon que je puisse donner à m’amie: ainsi soit en tout temps ta beauté et ta disposition preferée à tous les autres serpens.»

europeo por “haberse dejado engañar por el deseo de novedad dejando la dulzura de su cielo para ver el nuestro”. Relata que, de su presencia en la corte se supo que se sorprendían de ver que hombres más fuertes y mejor armados (la guardia suiza que rodeaba al rey) se sometieran a obedecer a un muchacho... y en segundo lugar, que habiendo percibido hombres llenos de comodidades y otros agobiados por el hambre y la pobreza, encontraban extraño que soportaran éstos tal injusticia en lugar de degollar a los primeros y quemar sus casas.²² Concluye lamentando que la larga plática que sostuvo con uno de ellos haya sido infructuosa debido a la torpeza del intérprete, lo cual no impidió que pudiera conocer la razón por la cual era señalado como superior entre los suyos, una especie de capitán, a lo que su interlocutor contestó que el privilegio radicaba, entre otros, en marchar a la cabeza de sus hombres en la guerra; menciona algunas consideraciones más que se le dan a este hombre en su tierra y apunta:

¡Todo esto no está mal, pero resulta que no usan calzas!²³ Cierra así Montaigne con ironía este capítulo, burlándose al mismo tiempo de la pompa en la que viven sus contemporáneos.

No bien acaba de terminar el largo capítulo dedicado a los caníbales, en el siguiente, en una adición posterior a la edición original, ratifica la estimación que tiene por los indios (capt. XXXII, ‘De la conveniencia de juzgar con sobriedad las ordenanzas divinas’), al hablar brevemente en el tercer párrafo de “una nación indiana” que seguía la loable costumbre de pedir perdón a su dios, el Sol, cuando le sucede alguna derrota en la batalla, como si fuera una acción injusta, sometiendo al juicio divino su suerte o infortunio.²⁴

Posteriormente, en el capítulo XXXVI, ‘De la costumbre de vestirse’, escribe en las primeras líneas del mismo, que reflexionaba en la estación fría si la manera de ir todos desnudos en esas “naciones recientemente encontradas” era forzada por la cálida temperatura del aire, como usan los indios y los moros, o si es la condición original de los hombres.²⁵ Añade líneas después que así como hay quienes prescinden con la luz artificial de la luz del día, hemos extinguido nuestros propios medios por usar los artificiales y la costumbre nos hace imposible lo que no es, pues esas naciones que no tienen ningún

²² *Essais*, p. 213.

²³ *Ibidem*: “Tour cela ne va pas trop mal: mais quoy, ils ne portent point de haut de chausses!”

²⁴ *Essais*, ‘Qu’il faut sobrement se mesler de juger des ordonnances divines’, p. 214.

²⁵ *Essais*, ‘De l’usage de se vestir’, p. 221.

conocimiento de vestimenta se encuentran bajo el mismo cielo que nosotros;²⁶ además, nuestra parte más delicada es la que llevamos siempre descubierta. En las líneas finales del capítulo lo cierra señalando sobre el mismo tema relativo a la indumentaria, que el Rey de México cambiaba de ropa hasta cuatro veces al día y no volvía a vestirla otra vez utilizando continuamente lo que desechaba con liberalidad y para recompensar a otros; igualmente hacía con vasijas, platos y utensilios de la cocina y la mesa, que no le eran servidos dos veces.²⁷

En el capítulo XLVIII, ‘De los caballos de batalla’, retoma por última vez en el Libro Primero de los *Ensayos* el tema que nos ocupa: “esos nuevos pueblos de las Indias” cuando llegaron los españoles, pensaron que los hombres y los caballos bien podrían ser animales o dioses con nobleza superior a la suya. Algunos, después de haber sido dominados, al solicitar paz y perdón, aportaban oro y viandas a los hombres; otro tanto hacían a los caballos y tomaban sus relinchos como aceptación y tregua.²⁸

Hemos reseñado en esta sección de nuestro trabajo todos los fragmentos que Michel de Montaigne incluyó en relación con los habitantes de América en el ‘Libro Primero’ de su rica e interesante obra, continuaremos haciendo lo mismo con lo que hallaremos en los libros Segundo y Tercero. Con lo visto hasta ahora podemos constatar el enorme interés que suscitó en este autor el tema americano, pero apenas hemos esbozado la manera como reflexionó sobre la inédita experiencia aportada por los descubrimientos realizados en ultramar y de cómo ajustó esta vivencia a su propio entorno y sus preocupaciones. Cuando concluyamos este recuento, trataremos de mostrar en el siguiente inciso el sentido que tenía para él todo este entramado de citas, experiencias, pensamientos y postulados en función de sus condiciones reales de existencia.

Libro Segundo.

²⁶ *Essais*, p. 222.

²⁷ *Essais*, p. 224.

²⁸ *Essais*, ‘Des destries’, p. 282.

Prosiguiendo con la revisión, en el Libro Segundo, en el capítulo VIII, el que trata ‘Del amor de los padres a los hijos’, con dedicatoria a Madame d’Estissac, señala ahí Montaigne, para apoyar su tesis de que es conveniente desposarse más bien tarde en el curso de la vida, que “en ciertos países de las Indias Españolas” no permitían a los hombres casarse sino después de los cuarenta años, en tanto que lo consentían a las hijas desde los diez años.²⁹

En el capítulo XII, el más largo de los *Ensayos*, la célebre ‘Apología a Raimond Sebond’³⁰, en la que expresa sin cortapisas su escepticismo filosófico, su naturalismo y su profesión de fe católica; ya avanzada su disertación sobre la relatividad de los juicios y del valor de la ciencia, incluye la alusión a “esas naciones que acabamos de descubrir”, tan abundantemente provistas de carne y bebidas naturales, nos enseñaron que el pan no es el único alimento, y que sin trabajo, nuestra madre naturaleza nos había proporcionado lo que nos hacía falta, al alcance de todos, más completamente y con más riqueza que lo que en el presente logramos con artificio; intercala unos versos de Lucrecio en latín y concluye: el desarreglo y desbordamiento de nuestro apetito sobrepasa todas las invenciones con que buscamos aplacarlo.³¹

Líneas adelante, en el mismo capítulo comenta: entramos a la adolescencia antes que sepamos contar hasta cien, y recientemente descubrimos naciones que no tienen conocimiento alguno de los números. Dice esto entre varias menciones de casos de animales que fueron instruidos por el hombre, para hablar, para actuar, para cuidar y conducir a los ciegos, así como para ajustarse a medidas fijadas por él. Nos trasmite,

²⁹ *Essais*, ‘De l’affection des peres aux enfans’, p. 370.

³⁰ Ramón de Sabunde, teólogo y filósofo naturalista catalán de gran influencia en los siglos XV y XVI hoy casi olvidado. Su obra: *Teología naturales seu liber creaturarum* fue traducida al francés por Montaigne a solicitud de su padre.

³¹ *Essais*, ‘Apologie de Raimond Sebond’, p. 435: “Ces nations que nous venons de decouvrir si abondamment fournies de viandes et de breuvage naturel, sans soing et sans façon, nous viennent d’apprendre que le pain n’est pas nostre seule nourriture, et que, sans labourage, nostre mere nature nous avoit munis à planté de tout ce qu’il nous falloit; voire, comme il est vraysemblable, plus plainement et plus richement qu’elle ne fait à present que nous y avons meslé nostre artifice,

<p><i>Et tellus nitidas fruges vinetaque læta Sponte sua primum mortalibus ipsa creativit: Ipsa dedit dulces fœtus et pabula læta, Quæ nunc vix nostro grandescunt aucta labore, Conterimusque boves et vires agricolarium</i></p>	<p>(Les céréales d’or, les florissants vignobles De lui-même le sol les fournit pour les hommes, La terre leur donnait les fruits, les prés rians, Que maintenant à peine un dur labeur fait croître En épuisant les bœufs, les bras des laboureurs.)</p>
--	---

le debordement et desreglement de nostre appetit devançant toutes les inventions que nous cherchons de l’assouvir. ”

maravillado, el gran aprecio que siente por la habilidad de la que son capaces de exhibir los animales, y de ello da numerosos ejemplos. Poco después insiste, al hablar de la pericia que tenían los elefantes utilizados en la guerra por los romanos, que raramente atacaban a sus propias tropas, como sí sucede entre los soldados. Así les encargaban, no movimientos sencillos, sino intervenir en diversas instancias en el combate. Como hacían los españoles con los perros en “la conquista nueva de las Indias”, a quienes pagaban sueldo y daban parte del botín, y mostraban estos animales tanta destreza y juicio en la persecución y captura, a atacar o retroceder según la ocasión y a distinguir los amigos de los enemigos, como mostraban ardor y valentía.³²

Un poco más abajo evoca el encuentro ya mencionado en el capítulo dedicado a ‘los caníbales’: he visto en otra ocasión entre nosotros a hombres traídos por mar de un lejano país, de quienes no comprendíamos su lenguaje -ni sus maneras, por lo demás; como su comportamiento y sus vestidos eran tan distintos a los nuestros ¿no los considerábamos como brutos y salvajes? ¿No les achacábamos estupidez y bestialidad por verlos mudos e ignorantes de la lengua francesa, ignorando nuestros besamanos y nuestras inclinaciones rastreras, nuestro porte y modales sobre los que –sin falta- debe tomar su patrón la naturaleza humana? Remata así, con mordacidad, este pasaje.³³

Páginas después, al tratar sobre la relatividad de lo bello, menciona lo que era considerado como tal en las Indias, y agrega que en Perú, las más grandes orejas son las más bellas, y las estiran artificialmente tanto como pueden. Montaigne incluye algunos ejemplos más, los vascos encuentran más atractivas a las mujeres rapadas. Los mexicanos cuentan entre las bellezas, la pequeñez de la frente, por lo que estimulan artificialmente el crecimiento de pelo en esa zona; tienen en tanta estima la grandeza de los senos que presumen el poder dar de mamar a sus hijos por encima del hombro. Vienen después los ejemplos de los italianos, los españoles, etcétera.³⁴ Otra referencia la encontramos varias líneas abajo cuando habla de lo que “nos dicen de aquellos de Brasil” que no morían sino de vejez, lo que se atribuye a la serenidad y tranquilidad de su aire, yo –aclara- lo atribuyo a

³² *Essais*, p. 445: “Comme faisoient aux chiens les Espagnols à la nouvelle conquête des Indes, ausquels ils payoient solde et faisoient partage au butin; et montroient ces animaux autant d’adresse et de jugement à poursuivre et arrester leur victoire, à charger ou à reculer selon les occasions, à distinguer les amis des ennemis, comme ils faisoient d’ardeur et d’aspreté. ”

³³ *Ibidem*.

³⁴ *Essais*, p. 462.

la serenidad y tranquilidad de su alma, desembarazada de toda pasión, pensamiento y ocupación tensa y desagradable, como gente que pasan su vida en una admirable simpleza e ignorancia, sin letras, sin ley, sin rey y sin religión alguna.³⁵

La última alusión a América que hallamos en este extenso capítulo XII del Libro Segundo la destina Montaigne a recordar que los que regresan del nuevo mundo, “descubierto en el tiempo de nuestros padres por los españoles”, nos pueden dar testimonio cómo esas naciones sin magistrados y sin ley viven más legítimamente y en mayor orden que las nuestras, en donde existen mayor cantidad de funcionarios y de leyes que de otros oficios y otras actividades...³⁶

Varias páginas más adelante encontramos otra vez nuestro tema en ese mismo libro de los *Essays*, al cerrar el capítulo XVIII ‘Del desmentir’, ahí lamenta el escritor francés que en ciertas naciones de las nuevas Indias, a las que no tiene caso mencionar por sus nombres pues ya no existen, puesto que se abolieron por entero los nombres y el antiguo conocimiento de los lugares en donde se ha extendido la desolación ocasionada por la conquista de ese ejemplo maravilloso e inaudito; en ellas se ofrecían a sus dioses sangre humana que sacaban de la lengua y las orejas, para expiar el pecado de la mentira, tanto la oída como la pronunciada.³⁷ Hasta ahí lo que se puede encontrar en el Libro Segundo.

Libro Tercero.

En este libro volvemos a saber del asunto en el capítulo VI, ‘De los vehículos’, en el que dedica una buena parte de su extensión, no obstante el título, al tema de los americanos. De hecho, es este capítulo de todos los que integran los *Essays* el que tiene la más dilatada referencia a esta materia. Aquí, con el desparpajo con el que gusta abordar distintos tópicos, comienza preguntándose sobre la costumbre de bendecir a quien estornuda, y aclara que

³⁵ *Essays*, p. 471: “Ce qu’on nous dit de ceux du Brasil, qu’ils ne mouroyent que de vieillesse, et qu’on attribue à la serenité et tranquillité de leur air, je l’attribue plustot à la tranquillité et serenité de leur ame, deschargée de toute passion et pensée et occupation tenduë ou desplaisante, comme gens qui passoyent leur vie en une admirable simplicité et ignorance, sans lettres, sans loys, sans roys, sans religion quelconque.”

³⁶ *Essays*, p. 477: “Ceux qui reviennent de ce monde nouveau, qui a esté descouvert du temps de nos peres par les Espaignols, nous peuvent tesmoigner combien ces nations, sans magistrat et sans loy, vivent plus legitiment et plus regléement que les nostres, où il y a plus d’officiers et de loix qu’il n’y a d’autres hommes et qu’il n’y a d’actions.”

³⁷ *Essays*, ‘Du dementir’, p. 650.

tres son los tipos de viento que expelemos: el que sale por abajo, que es muy sucio; el de la boca, que lleva el reproche de la glotonería; y el estornudo, que como viene de la cabeza es el más excusable y por ello le damos honesta acogida. Para evitar cualquier reproche de sus lectores por ocuparse de esa sutileza, recuerda que según dicen este tema lo trató a su vez Aristóteles.³⁸

Después trata del mareo, del temor al peligro, de la manera de transportarse y de los distintos vehículos usados en la guerra, del dispendio de reyes y notables, y sobre las limitaciones que tenemos para conocer lo que ha pasado y aun sobre lo que sucede en nuestros días (“nos maravillamos del milagro de nuestra invención de la artillería y de la imprenta, pero otros hombres, en el otro lado del mundo, en China, gozaban de ellas hace mil años”).³⁹

Y a continuación expresa lo siguiente: nuestro mundo acaba de encontrar otro (y quien nos dice que es el último de sus hermanos, puesto que los demonios y las sibilas y nosotros, lo desconocíamos hasta ahora) no menos grande, completo y robusto que aquél; tan nuevo y tan niño que se le enseña apenas el a, b, c; no hace todavía ni 50 años que desconocía letras, pesos y medidas, vestidos, trigos y viñas.

Menciona que ese mundo vivía desnudo y que le bastaban los medios que le prodigaba la naturaleza. Y se pregunta si el continente europeo no se encuentra cerca de su fin, lo que lo lleva a aseverar: ese otro mundo no hará más que entrar en la luz cuando el nuestro la abandonará. El universo se paralizará, uno de sus miembros estará tullido y el otro vigoroso.⁴⁰

Reflexiona entonces Montaigne sobre si el europeo no ha acelerado la declinación y ruina de ese mundo nuevo por contagio y teme que le haya vendido a un precio muy alto sus opiniones e invenciones. Era un mundo bisoño –dice- y no lo hemos azotado y sometido a nuestra disciplina por la superioridad de nuestro valor y fuerza naturales, ni lo hemos tratado con nuestra justicia y bondad, ni subyugado con nuestra magnanimidad.⁴¹

³⁸ *Essais*, ‘Des coches’, p. 876.

³⁹ *Essais*, p. 886: “Nous nous escriions du miracle de l’invention de nostre artillerie, de nostre impression; d’autres hommes, un autre bout du monde à la Chine, en jouyssoit mille ans auparavant.”

⁴⁰ *Essais*, p. 886-887

⁴¹ *Essais*, p. 887: “Bien crains-je que nous aurons bien fort hasté sa declinaison et sa ruyne par nostre contagion, et que nous luy aurons bien cher vendu nos opinions et nos arts. C’estoit un monde enfant; si ne l’avons nous pas foité et soumis à nostre discipline par l’avantage de nostre valeur et forces naturelles, ny ne l’avons practiqué par nostre justice et bonté, ny subjugué par nostre magnanimité.”

Asegura con amargura que la mayoría de las respuestas y las negociaciones que se tuvieron con los indios muestran que no quedaban a la zaga en claridad de espíritu y en pertinencia. Recuerda la sorprendente magnificencia de las ciudades de Cuzco y México, y el jardín del rey en donde todos los árboles, las frutas y las hierbas estaban excelentemente labrados en oro. Menciona también la belleza de sus obras en piedra, en pluma, en algodón, en pintura que demuestran su gran habilidad. Mas, en lo que toca a devoción, observancia de las leyes, bondad, liberalidad, lealtad, franqueza –precisa y condena el humanista francés- bien nos sirvió el que no tuviéramos tanto como ellos, pues se perdieron por esa ventaja, vendidos y traicionados ellos mismos.

En cuanto a arrojo y coraje, en cuanto a firmeza, constancia, resolución frente a los dolores, el hambre y la muerte, dice Montaigne que no temería en oponer los ejemplos que encontraría entre ellos a los más famosos ejemplos de la Antigüedad. Por lo que respecta a los que los subyugaron, señala con razón: basta que se les suprima los ardidés y las triquiñuelas de las que se sirvieron para engañarlos, y el comprensible asombro que suscitaba en esas naciones el ver llegar tan súbitamente gente barbuda, de diferente lenguaje y religión, forma y compostura, de un lugar del mundo tan lejano en el que no imaginaron existiera habitación alguna, montados sobre grandes monstruos desconocidos, protegidos por una piel brillante y dura y de un arma resplandeciente y cortante; y que no tenían ni ciencia ni materia con la que pudieran atravesar el acero que los cubría; con sólo suprimir esas ventajas, se les suprimiría la ocasión de tantas victorias. Añade también el escritor otros factores que impactaron a los indios como son los rayos y truenos de cañones y arcabuces, capaces de alterar al mismo César. Sobre ellos venció el español, sobre pueblos desnudos con sólo unos tejidos de algodón, sin más arma que arcos, piedras, palos y escudos de madera; pueblos que fueron engañados bajo la imagen de la amistad y la buena fe, que perdieron por la curiosidad de observar cosas extrañas y desconocidas.⁴²

Enseguida manifiesta su admiración por el indomable ardor con que tantos millares de hombres, mujeres y niños se presentaban y se lanzaban tantas veces a peligros inevitables en defensa de sus dioses y su libertad. Resalta la generosa obstinación que tenían los indígenas para sufrir al extremo las dificultades y la muerte, más dispuestos a ello que someterse al dominio de quienes los engañaron tan vergonzosamente, algunos

⁴² *Essais*, p. 887-888.

ayunando y dejándose morir de hambre estando presos, que vivir en manos *tan vilmente victoriosas* de sus enemigos.⁴³ E insiste comparando con los conflictos bélicos de su tiempo: quien los hubiera atacado de igual a igual tanto en armas como en experiencia y número, hubiera estado expuesto al mismo o mayor peligro que el que había en las guerras de las que era testigo el escritor francés.

A continuación lamenta que no hubiese sido Alejandro o los antiguos griegos y romanos quienes hubieran realizado una conquista tan noble y una mutación y alteración tan grande de tantos pueblos e imperios, pues considera que ellos habrían suavemente pulido y desbrozado lo que había ahí de salvaje, y habrían confortado y promovido las buenas semillas que la naturaleza producía, mezclando, no solamente lo necesario al cultivo de las tierras y al ornamento de las ciudades, sino que habrían también mezclado las virtudes griegas y romanas a las originales del país. En un arranque que denota cierta desesperación exclama: ¡Qué satisfacción hubiera habido si nuestros primeros ejemplos y traslados allá presentados hubieran llamado esos pueblos a la admiración e imitación de la virtud y hubiéramos establecido entre ellos y nosotros un sociedad y entendimiento fraternal! ¡Qué fácil hubiera sido el aprovechar almas tan nuevas, tan hambrientas de aprendizaje, teniendo en gran medida tan bellos comienzos naturales!⁴⁴

Pero, al contrario –dice Montaigne– nos aprovechamos de su ignorancia e inexperiencia para plegarlos con mayor facilidad hacia la traición, la lujuria, la avaricia y hacia todo tipo de inhumanidad y crueldad, *a ejemplo y patrón de nuestras costumbres*. Y enseguida se pregunta con enojo para después censurar: ¿Quién puso jamás en tal precio el servicio de la mercadería y el tráfico? ¡Tantas ciudades arrasadas, tantas naciones exterminadas, tantos millones de pueblos pasados al filo de la espada, y la más rica y bella parte del mundo trastornada por el comercio de perlas y de pimienta! ¡Victorias mecánicas! (sic) ¡Jamás la ambición, jamás las enemistades públicas empujaron a los hombres unos contra otros en hostilidades tan horribles y calamidades tan miserables!⁴⁵

⁴³ *Essais*, p. 889: "... que d'accepter le vivre des mains de leurs ennemis, si vilement victorieuses..."

⁴⁴ *Essais*, p. 888-889: "Quelle reparation eust-ce esté, et quel amendement à toute cette machine, que les premiers exemples et deportemens nostres qui se sont presentés par delà eussent appellé ces peuples à l'admiration et imitation de la vertu et eussent dressé entre eux et nous une fraternele société et intelligence! Combien il eust esté aisé de faire son profit d'ames si neuves, si affamées d'apprentissage, ayant pour la plus part de si beaux commencemens naturels!"

⁴⁵ *Essais*, p. 889: "Au rebours, nous nous sommes servis de leur ignorance et inexperience à les plier plus facilement vers la trahison, luxure, avarice et vers toute sorte d'inhumanité et de cruauté, à l'exemple et

Prosigue Montaigne narrando que algunos españoles, costeando el mar en busca de minas, desembarcaron en una región fértil y agradable, habitada por mucha gente, e hicieron a ese pueblo las acostumbradas amonestaciones: “que era gente apacible, viniendo de largos viajes, enviados por el rey de Castilla, el más grande príncipe de la tierra, a quien el Papa, representando a Dios en la tierra, había otorgado el principado de todas las Indias; que si querían rendirle tributo, serían muy bien tratados. Les pedían víveres para alimentarse y oro por necesitar alguna medicina, les reconvenían además sobre la creencia en un solo Dios y de la verdad de nuestra religión, la cual pedían que aceptaran, añadiendo algunas amenazas.”⁴⁶

El humanista francés, siguiendo a Gómara,⁴⁷ reproduce la contestación que obtuvieron los europeos:

“Que, en lo que tocaba a ser pacíficos, no parecían serlo, si es que lo eran; en cuanto a su rey, si tanto pedía, debía ser indigente y menesteroso, y que quien le había hecho tal distribución, sería un hombre que gustaba de las disensiones puesto que donaba a un tercero lo que no era suyo, para exponerlo a la disputa con sus antiguos dueños. En relación con los víveres, se los proporcionarían; oro, tenían poco y era cosa a la que no atribuían estima alguna pues era inútil al servicio de la vida, en la que ponían todo cuidado para pasarla feliz y placenteramente; sin embargo, podrían tomar con resolución el oro que encontraran, salvo el que ellos dedicaban al servicio de sus dioses. Respecto a un solo Dios, el discurso les había agradado, pero no deseaban cambiar de religión, habiéndose servido de ella por tanto tiempo, y que tenían por costumbre solamente aceptar consejos de amigos y conocidos. Por lo de las amenazas, veían un signo de falta de juicio el andar amedrentando a aquellos de los que desconocían la naturaleza y los medios de defensa, así que los urgían a desocupar su tierra ya que no solían ver bien la honradez y amonestaciones de gente extraña armada, de otra manera harían con ellos lo mismo que hicieron con los otros”, mostrándoles las cabezas de unos hombres ajusticiados alrededor de su ciudad.⁴⁸

patron de nos meurs. Qui mit jamais à tel pris le service de la mercadence et de la trafique? Tant de villes rasées, tant de nations exterminées, tant de millions de peuples passez au fil de l'espée, et la plus riche et belle partie du monde bouleversée pour la negotiation des perles et du poivre! mechaniques victoires. Jamais l'ambition, jamais les inimitiez publiques ne pousserent les hommes les uns contre les autres à si horribles hostilitiez et calamitez si miserables.”

⁴⁶ *Ibidem*: “«Qu'ils estoient gens paisibles, venans de loingtains voyages, envoyez de la part du Roy de Castille, le plus grand Prince de la terre habitable, auquel le Pape, representant Dieu en terre, avoit donné la principauté de toutes les Indes; que, s'ils vouloient luy estre tributaires, ils seroient très-benignement traictez; leur demandoient des vivres pour leur nourriture et de l'or pour le besoing de quelque medecine; leur remontroient au demeurant la creance d'un seul Dieu et la verité de nostre religion, laquelle ils leur conseilloyent d'accepter, y adjoustans quelques menasses».”

⁴⁷ Gómara, *Histoire générale des Indes*, III, XIX; según la nota 1 en *Œuvres complètes*, p. 1641.

⁴⁸ *Essais*, p. 889-890: “«Que, quand à estre paisibles, ils n'en portoyent pas la mine, s'ils l'estoient; quand à leur Roy, puis qu'il demandoit, il devoit estre indigent et necessiteux; et celuy qui luy avoit faict cette distribution, homme aymant dissention, d'aller donner à un tiers chose qui n'estoit pas sienne, pour le mettre en debat contre les anciens possesseurs; quant aux vivres, qu'ils leur en fourniroient; d'or, ils en avoient peu, et que c'estoit chose qu'ils mettoient en nulle estime, d'autant qu'elle estoit inutile au service de leur vie, là où tout leur soin regardoit seulement à la passer heureusement et plaisamment; pourtant, ce qu'ils en pourroient trouver, sauf ce qui estoit employé au service de leurs dieux, qu'ils le prinssent hardiment; quant à

Inmediatamente agrega con ironía: he aquí el ejemplo del *balbuceo de esta infancia*. Pero ni en ese ni en muchos otros lugares donde los españoles no encontraron la mercancía que buscaban, se frenaron de conquistar a pesar de contar con las comodidades que ahí había, como están de testigos mis caníbales, dice Montaigne.⁴⁹

A continuación describe lo que ha leído de dos de los más poderosos monarcas de ese mundo. Cuenta lo sucedido con el rey de Perú que fue apresado en una batalla y se pidió por él un rescate tan excesivo que sobrepasaba lo creíble, el cual fue fielmente pagado. Habiendo dado el rey en su conversación muestras de un valor franco, liberal y constante, y de un entendimiento cabal y bien desarrollado, se les antojó a los conquistadores (tras obtener un millón trescientos veinticinco mil quinientos pesos de oro, además de la plata y de otros objetos que no representaban menor valor) ver todavía cuál podía ser el resto del tesoro del rey y para disfrutar libremente de lo que de él había quedado, lo acusaron y probaron falsamente de haber planeado la rebelión de las provincias para obtener su libertad. Por lo cual, con componendas de los mismos que le enderezaran esta traición, se le condenó a ser ahorcado y estrangulado públicamente, habiéndolo librado del tormento de ser quemado vivo por el bautizo que le fue impartido en el suplicio mismo. Esa acción horrible e inaudita él la sufrió sin alterar ni su comportamiento ni sus palabras, de una forma y gravedad verdaderamente regia. Después, para tranquilizar a los pueblos asombrados y alterados por algo tan extraordinario, simularon un gran duelo por su muerte y ordenaron suntuosas exequias.⁵⁰

Enseguida el escritor cuenta lo sucedido con el rey de México, que defendió por mucho tiempo su ciudad asediada y mostró durante el sitio todo lo que puede el sufrimiento y la perseverancia; para su desgracia, fue apresado vivo. No obstante que se convino que sería tratado de acuerdo con su condición real, como no encontraron los españoles, después

un seul Dieu, le discours leur en avoit pleu, mais qu'ils ne vouloient changer leur religion, s'en estans si utilement servis si long temps, et qu'ils n'avoient accoustumé prendre conseil que de leurs amis et connoissans; quant aux menasses, c'estoit signe de faute de jugement d'aller menassant ceux desquels la nature et les moyens estoient inconneux; ainsi qu'ils se despeschassent promptement de vuyder leur terre, car ils n'estoient pas accoustumez de prendre en bonne part les honnestetez et remonstrances de gens armez et estrangers; autrement, qu'on feroit d'eux comme de ces autres,» leur montrant les testes d'aucuns hommes justiciez autour de leur ville.”

⁴⁹ *Essais*, p. 890: “Voilà un exemple de la balbuicie de cette enfance. Mais tant y a que ny en ce lieu-là, ny en plusieurs autres, où les Espagnols ne trouverent les marchandises qu'ils cherchoient, ils ne feirent arrest ny entreprise, quelque autre commodité qu'il y eust, tesmoing mes Cannibales.”

⁵⁰ *Essais*, p. 890.

de la victoria, todo el oro que se habían prometido a sí mismos, tras haber revuelto y registrado todo lo que pudieron, se pusieron a obtener información con los métodos más escabrosos que pudieron imaginar contra los prisioneros con que contaban. Mas, al no obtener provecho de ello, pues encontraron mayor resolución de sus víctimas que los tormentos a los que los sometían, encolerizaron de tal manera que, contra la propia fe y *contra todo derecho de gentes*, condenaron al rey mismo y a uno de principales señores de su corte al suplicio, en presencia uno del otro. Este señor, hallándose atormentado por el dolor, rodeado de braseros ardientes, en sus últimos momentos volteó lastimosamente la vista hacia su dueño, como implorando misericordia porque ya no aguantaba más. El rey, plantando altiva y rigurosa su mirada en él, a manera de reproche por su cobardía y pusilanimidad, le dijo solamente estas palabras, con una voz brusca y firme: “Y yo, ¿estoy en un baño, estoy más a mi gusto que tú?”.⁵¹ Aquél, segundos después, sucumbió a los dolores y murió en el mismo sitio. El rey, medio quemado, fue sacado de ese lugar, no por piedad (y se pregunta Montaigne ¿qué piedad tocó a almas que, por la dudosa información de cualquier vaso de oro a saquear, ponían a asar frente a sus ojos no sólo a un hombre, sino a un rey de tan grande fortuna y mérito?) sino porque su firmeza volvía cada vez más vergonzosa la crueldad de los que lo tenían preso. Lo colgaron después, no sin que antes intentara valientemente liberarse por las armas del largo cautiverio y sujeción, haciendo su fin digno de tan magnánimo príncipe.⁵²

Michel de Montaigne no interrumpe ahí la dramática relación de las crueldades cometidas por los conquistadores en América, añade en el siguiente párrafo estas palabras: En otra ocasión, pusieron a quemar de un golpe en la misma hoguera, a cuatrocientos sesenta prisioneros de guerra completamente vivos, cuatrocientos del pueblo bajo y sesenta señores principales de una provincia. Y nos aclara el escritor francés: *Tenemos de ellos mismos estas historias, ya que no solamente las confiesan, sino que se jactan y las encarecen*. Después de esa frase inquiere si todo ello es testimonio de justicia o celo hacia la religión, lo que conduce a que realice estas afirmaciones: Ciertamente son vías muy extrañas contrarias a un fin tan santo. Si se hubieran propuesto difundir nuestra fe, que

⁵¹ Así lo escribió Gómara: “Cuando lo quemaban miraba mucho al Rey, para que habiendo compasión dél, le diese licencia, como dicen, de manifestar lo que sabía, o lo dijese él. Cuahutimoc le miró con ira y lo trató vilísimamente, como muelle y de poco, diciendo si estaba él en algún deleite o baño”. Véase: *Historia de la conquista...* p. 318-319.

⁵² *Essais*, p. 891.

hubiesen considerado que no es con la posesión de tierras que ella se extiende, sino con la posesión de los hombres.⁵³ Reitera su condena a los conquistadores quienes, no satisfechos con la matanza que hicieron, conservaron únicamente los indígenas necesarios para el servicio de las minas convirtiéndolos en miserables esclavos.

Como Montaigne, gracias a sus lecturas (de las que tendremos oportunidad de hablar un poco más adelante) conoce bastante bien lo sucedido a raíz de la Conquista, al mismo tiempo que informa a sus lectores, sentencia: tanto es así que la mayoría de los jefes españoles fueron castigados con la muerte sobre el lugar mismo de sus conquistas por órdenes de los reyes de Castilla, justamente ofendidos por el horror de sus desvaríos, casi todos ellos despreciados y odiados. Dios permitió meritoriamente que estos grandes saqueos fueran absorbidos por el mar cuando los transportaban o por las guerras intestinas que emprendieron entre ellos mismos y la mayor parte se enterró en los lugares, sin fruto alguno para sus victorias.

A continuación entra el autor en una serie de disquisiciones sobre los tesoros que los españoles esperaban encontrar en América, sobre el desconocimiento que ahí había de la moneda, de la acumulación de oro y su utilización como mero ornamento a diferencia del uso europeo.⁵⁴

Tras lo anterior, prosigue señalando que los habitantes del reino de México eran algo más civilizados y más artistas que las otras naciones de ese continente, y relata la cosmovisión azteca: Juzgaban, igual que nosotros –aclara- que el universo estaba próximo a su fin, tomando como signo de ello la desolación que nosotros ahí llevamos. Creían que la existencia del mundo se divide en cinco edades, y la vida en cinco soles consecutivos, de los cuales cuatro habían ya cumplido su tiempo, y que el que los alumbraba era el quinto. El primero pereció junto con todas las otras criaturas por la inundación universal de las aguas. El segundo, por la caída del cielo sobre nosotros, que asfixió toda cosa viviente, edad que asignan a los gigantes e hicieron ver a los españoles osamentas a la proporción de las cuales la estatura de los hombres correspondía a veinte palmos de altura. El tercero, por

⁵³ *Essais*, p. 891-892: "...Nous tenons d'eux-mesmes ces narrations, car ils ne les advouent pas seulement, ils s'en ventent et les preschent. Seroit-ce pour temoignage de leur justice ? ou zele envers la religion? Certes, ce ne sont voyes trop diverses et ennemis d'une si sainte fin. S'ils se fussent proposés d'estendre nostre foy, ils eussent consideré que ce n'est pas en possession de terres qu'elle s'amplifie, mais en possession d'hommes..."

⁵⁴ *Essais*, p. 892.

el fuego que abrasó y consumió todo. El cuarto, por una conmoción del aire y viento que abatió incluso algunas montañas, los hombres no murieron pero fueron transformados en monos (¡qué impresiones no experimenta la debilidad de la imaginación humana! –acota Montaigne); tras la muerte de este cuarto sol, el mundo vivió veinticinco años en perpetuas tinieblas. En el quinto, fueron creados un hombre y una mujer que rehicieron la raza humana; diez años después, en cierto día, el sol apareció nuevamente creado y comienza, desde entonces, la cuenta de sus días; al tercer día de su creación murieron los dioses antiguos, los nuevos nacieron de la noche a la mañana. De cómo consideran que perecerá este último sol, mi autor no supo nada –dice Montaigne. Pero el número de este cuarto cambio coincide con la gran conjunción de astros, que según estiman los astrólogos, produjeron hace ocho cientos y pico de años, varias grandes alteraciones y novedades en el mundo.⁵⁵

Para terminar, nos describe la pompa y magnificencia de un camino en Perú que iba de Quito a Cuzco y especula sobre el sistema de construcción utilizado para erigir los soberbios palacios que limitaban cada jornada de esa ruta puesto que los naturales de esas tierras no conocían el arte de andamiar.⁵⁶

El largo pasaje que hemos venido reseñando, y el capítulo también, lo concluye Montaigne con las siguientes palabras: Pero regresemos a nuestros vehículos, en lugar de éstos o de cualquier otro carruaje, se hacían portar en hombros. El último rey de Perú, cuando fue hecho prisionero, era llevado de esta suerte en una camilla sentado sobre una silla de oro, en medio de la batalla. Tantos cargadores que se lograba matar para hacerlo caer (puesto que se le quería coger vivo) tantos otros deseosos tomaban el lugar de los muertos, de manera que no podían entonces abatirlo no obstante la mortandad que hicieron de esas gentes hasta que un hombre a caballo lo jaló del cuerpo y lo derribó por tierra.⁵⁷

En el capítulo VIII ‘Del arte de platicar’, volvemos a encontrar el interés del ensayista francés por las costumbres indias cuando, para ilustrar cómo apreciamos en exceso a los encumbrados, cita entre otros ejemplos de la historiografía europea, el azteca y se pregunta: A qué corresponde el uso de tantos pueblos que canonizan el rey que han elegido entre ellos, y no se satisfacen únicamente con honrarlo sino que lo adoran. Los de

⁵⁵ *Essais*, p. 892-893.

⁵⁶ *Essais*, p. 893-894.

⁵⁷ *Essais*, p. 894.

México, una vez que las ceremonias de su sacralización han concluido, no se atreven a mirarlo a la cara, como si lo hubieran deificado al entronizarlo. Entre las promesas que le hacen jurar está el mantener la religión, sus leyes, sus libertades; el ser valiente, justo y dedicado, y jura también el hacer caminar el sol con su luz acostumbrada, descargar las nubes en tiempo oportuno, dejar correr los ríos por su curso y atraer a la tierra toda cosa necesaria a sus pueblos.

Se manifiesta contrario a tal costumbre y declara que desconfía de la capacidad cuando está acompañada de gran fortuna y la estimación popular.⁵⁸

Muchas páginas más adelante, en el capítulo final de los *Ensayos*, el XIII intitulado 'De la experiencia' dice: El rey Fernando, al enviar colonos a las Indias, proveyó sabiamente que no mezclaran entre ellos ningún escolar de jurisprudencia, por temor a que en ese proceso llenaran el nuevo mundo, como era sabido, de su naturaleza generadora de altercados y divisiones; juzgando con Platón que es una mala provisión para los países los jurisconsultos y médicos.⁵⁹ Expone así su desafecto por esas dos profesiones, sobre todo por la primera de ellas en la que privaba la corrupción.

Poco después, en ese mismo capítulo y por última ocasión en su obra, menciona Montaigne el tema americano para ilustrar de lo que viene hablando, que es prudente dejar a la enfermedad seguir su curso sin oponerse obstinadamente a ella ya que estamos hechos para envejecer, debilitarnos y para estar enfermos, a pesar de toda medicina; es esta la primera lección que enseñan los mexicanos a sus descendientes, cuando, al salir del vientre de su madre, los van saludando así: "Hijo, has venido al mundo para aguantar, aguanta, sufre y calla". Y comenta regresando a su tiempo: Ved a un anciano que pide a Dios le mantenga la salud entera y vigorosa, es decir, que lo regrese a la juventud, ¿no es esto locura?⁶⁰

En ocho ocasiones trató Montaigne la temática americana en varios fragmentos de distinta amplitud en los 57 capítulos del Libro Primero; igual número encontramos, aunque más breves, en el más extenso Libro Segundo a lo largo de sus 37 capítulos, mientras que sólo cuatro veces aborda ese asunto en los 13 capítulos del Libro Tercero; sin embargo en éste le

⁵⁸ *Essais*, 'De l'art de conferer', p. 914.

⁵⁹ *Essais*, 'De l'experience', p. 1043.

⁶⁰ *Essais*, p. 1067.

dedica varias páginas continuas en el capítulo ‘De los vehículos’ como ya vimos. En todos ellos comprobamos que jamás cesó el interés que tuvo el humanista por las experiencias y enseñanzas que se pudieran extraer de quienes vivían en esas tierras ignoradas por los europeos apenas unas cuantas generaciones atrás. Desde la redacción original de los dos primeros libros de los *Ensayos* hasta la elaboración del libro tercero (incluso ya tamizada la escritura de este último por la lectura y comentarios que sus contemporáneos pudieron haberle hecho de los dos primeros volúmenes publicados antes), los asuntos que tuvieran que ver con los naturales de América se mantuvieron en un relevante plano entre sus preocupaciones. Lo que podemos también percibir es que, a todo lo largo de su obra y no obstante la distinta data de la concepción de las tres partes de la misma, su posición se mantiene abiertamente favorable, y un tanto romántica, sobre el valor de los nativos americanos. Montaigne justifica todo en ellos, lo que para sus contemporáneos es condenable: el canibalismo, la rusticidad, el atraso, la falta de ambición, la obstinación en el valor moral; para el autor gascón son precisamente esas características las razones de la superioridad indígena y, por contraste, los ejemplos a seguir en lo que corresponde a la posición ética. Además, la comparación entre Europa y América le permite a quien llegaría a convertirse en alcalde de Burdeos, al censurar el comportamiento de los conquistadores españoles, hacer de paso una acre crítica a la situación imperante en su país y al comportamiento de sus contemporáneos. Pero, veamos a continuación las condiciones que dieron pie a Michel de Montaigne para que se manifestara de la manera como lo hizo.

b) El escritor de los *Ensayos* y el momento político

« J'écris mon livre à peu d'hommes et à peu d'années »

Arrancó en Europa el siglo XVI como si fuera el inicio de una época mejor a la anterior y más brillante para la humanidad; no nada más se había ensanchado el espacio físico del mundo conocido, también un gran impulso humanista sustentado en la antigüedad greco-

latina daba nuevos aires a las artes, la técnica y la ciencia.⁶¹ El descubrimiento del continente americano, y más aún, el que volvieran a ver la luz las palabras y las obras de eminentes filósofos, historiadores, artistas y científicos que durante siglos estuvieron perdidas u olvidadas en claustros sólo accesibles a un pequeñísimo número de especialistas, dio nueva faz y vigor al ambiente cultural europeo. La intelectualidad de entonces, con mayor bagaje espiritual se atrevió a revisar hasta los más sólidos fundamentos de la tradición europea; así, fue tocada por la luz del análisis y la crítica, tanto el mundo político como el espacio religioso, y particularmente este último vio seriamente amenazada su hegemonía. Tanto la política como la religión –que en la práctica, en esos años, solían caminar de la mano– sufrieron la convulsión generada por esa crítica que, de las palabras pasó a las obras. Unos en defensa de lo establecido, otros buscando la renovación, algunos procurando regresar a las buenas prácticas del pasado,⁶² todos generaron un clima de inquietud y animadversión a la que sólo bastó la ocasión propicia para que los bandos se enfrentaran en luchas que devinieron en cruentas batallas, algunas de ellas fratricidas, hasta llegar incluso a convertirse en guerras en toda forma. En un siglo que comenzó con los mejores augurios, apenas a la mitad de su camino, se abrieron paso el fanatismo, la crueldad y la intolerancia.

En ese ambiente nació, vivió, trabajó y murió Michel de Montaigne. Tributario de la gran ola humanista, este escritor se vio inmerso en la turbulencia de su tiempo y respondió a ella con la orientación que sus lecturas y afinidades espirituales le proporcionaron.

Este autor es difícil de definir, su obra ha dado pie a muy variadas y contradictorias interpretaciones de los muy ricos postulados desarrollados en sus famosos *Ensayos*. Unos lo sitúan en el terreno estoico, otros en el epicureísmo, hay quienes lo acusan de favorecer la herejía y otros lo alinean en santa cruzada por la salvación de la fe católica, otros más lo tachan de individualista indiferente y egoísta. No es extraño que así haya sucedido; en sus escritos abundan claras contradicciones que a más de uno han llevado a encrucijadas interpretativas de tal suerte que para cualquier posición se pueden citar numerosas

⁶¹ Véanse los comentarios al respecto vertidos por Stefan Zweig en su texto sobre Montaigne en *El legado de Europa*, capt. I.

⁶² Véase Delumeau, *La civilisation de la Renaissance* que llama la atención sobre los planteamientos de los reformadores que se inconformaban por la perversión de ciertas prácticas católicas. Capt. IV: “La Renaissance comme réformation de l’Église”.

aseveraciones que contradicen los simples encasillamientos.⁶³ Pocos han intentado, como lo ensayó Alexandre Micha, tener en cuenta, más allá de las variaciones que marcan las alternancias de su pensamiento, los rasgos permanentes confirmados por las contradicciones mismas.⁶⁴

Para ilustrar lo antes dicho basta considerar uno de los tropiezos más frecuentes con el que se han enfrentado algunos de los exegetas de este autor que tienden a errar en la explicación de su conservadurismo. Al respecto Jozef Hen en un anodino artículo señala que Montaigne “es conservador solamente en apariencia”,⁶⁵ y Micha, al subestimar las razones argüidas por otros autores, postula como clave que explica –y justifica- el llamado hecho por Montaigne para respetar las leyes del país en el cual toca al hombre en suerte vivir y su condena al cambio, en el deseo expresado por él de salvaguardar su movilidad interior: en defensa de ésta profesa el inmovilismo exterior, en una especie de fuerzas compensatorias.⁶⁶ Sin embargo, la explicación no es tan sencilla; veremos cómo en su quehacer político y en sus planteamientos escritos, Montaigne se manifestó de una manera clara en lo concerniente al cambio político y el respeto a las leyes, teniendo como escenario las disensiones de orden religioso que ensangrentaron su país. Y de ahí trataremos de comprender su acercamiento a la temática americana.

Espectro histórico.

En 1580, aparecen por primera vez en Burdeos, Francia, dos volúmenes de «Les Essais de Messire Michel, Seigneur de Montaigne, chevalier de l'Ordre du Roi et gentilhomme

⁶³ Más apropiadamente, Harold Bloom afirma: “Al igual que cualquier otro autor canónico importante, Montaigne sorprende al lector corriente a cada nuevo encuentro, aunque sólo sea porque desafía cualquier idea preconcebida que tengamos de él. Se le puede interpretar como escéptico, humanista, católico, estoico, incluso epicúreo, casi como cualquier cosa que se te antoje.” En *El canon occidental*, p. 159.

Por otro lado, al referirse a su manera de escribir, dice Hugo Friedrich: “C’est cet art qui a fait dire à Pasquier: ‘C’est un autre Sénèque en nostre langue’ (Villey, *Postérité*, p. 293). De quels noms Montaigne n’a-t-il pas été baptisé: ‘c’est notre Socrate, notre Horace, notre Sénèque, notre Plutarque...’, et chacun de ces noms pourtant ne fixe jamais qu’un de ses nombreux visages.” En *Montaigne*, p. 389

⁶⁴ Alexandre Micha, *Le singulier Montaigne*, p. 15. Hay que apuntar, sin embargo, que en el curso de los últimos 5 lustros, los estudiosos de Michel de Montaigne han logrado acercarnos a la dialéctica existente entre él y su tiempo, especialmente Géralde Nakam, Jean Lacouture, entre otros.

⁶⁵ Józef Hen, “Montaigne a caballo”, en *Plural*, No. 112, p. 16.

⁶⁶ *Op. cit.*, p. 44. Asimismo, Joseph Macé-Scaron señala que Hugo Friedrich: “faisait du conservatisme de l’auteur des *Essais*, une manifestation typique de l’esprit français”. En *Montaigne, notre nouveau philosophe*, p. 140.

ordinaire de sa chambre». Un par de años después se imprime nueva edición, corregida y aumentada, en la cual se incorpora el fruto de la experiencia vivida por Montaigne en un largo viaje por Italia; y en 1588 se publica, ahora en París, la cuarta edición de los *Ensayos* en la que se incluye un tercer volumen y numerosas adiciones a los dos anteriores. Será ésta la última versión impresa que aparece en vida de su autor y en la cual él mismo agregará a mano todavía más notas, suplementos y correcciones; ella servirá posteriormente para una nueva edición preparada por su viuda en Burdeos en la que se basarán las modernas versiones de este gran clásico.

Cuando Michel de Montaigne emprende la redacción de su célebre obra maestra, supuestamente al inicio de la década de los años 70, se halla en plena madurez física y mental. Sin haber cumplido aún 40 años, tras una vertiginosa carrera política, habiendo recibido el nombramiento de caballero, cansado de los cargos públicos y del servicio al Parlamento de Burdeos, intenta un retiro que –sin embargo- no lo excluye de la vorágine en la cual se encuentra envuelto su entorno más cercano y el conjunto del país. En efecto, Francia se debatía entonces en lo que a la postre llegaría a ser una prolongada, cruel y sangrienta espiral de violencia (las llamadas “guerras de religión”) que respondía, en primera instancia, a la división por causa de fe, agravada por las ambiciones políticas de las distintas facciones confrontadas.

La base de la disputa religiosa se dio a partir del surgimiento en tierras galas de los seguidores de la Reforma en su versión hugonote. Esta corriente, fiel a los postulados de Calvino, contaba a mediados del siglo solamente en Burdeos con 7,000 seguidores sobre los 50,000 habitantes,⁶⁷ y ya en 1562, en toda Francia existían 2,100 comunidades reformadas que representaban la cuarta parte de la población.⁶⁸ A ellos se opuso de manera radical la llamada Liga, encabezada por la dinastía de los Guisa, que rechazaba toda innovación religiosa; por otro lado, el monarca que pretendía ser el árbitro desde su filiación católica, buscando preservar su propia preeminencia, llevaba a la práctica una política dubitativa y cambiante. Ocho guerras religiosas se contabilizan en Francia desde

⁶⁷ Nakam, *Montaigne et son temps*. p. 88

⁶⁸ Delumeau, *La civilisation de la Renaissance*. p. 148. Aunque Elliott da una cifra menor: a la firma del edicto de Nantes “el protestantismo en Francia continuaba siendo una religión minoritaria, quizás, como mucho, uno de cada 10 franceses era hugonote, y su número había disminuido a lo largo de la guerra.” En *La Europa dividida*. p. 371. De cualquier manera un 10% del total de una población que sustenta una creencia cualquiera diferente a la mayoritaria no es una cifra desdeñable.

1562, cuatro bajo Carlos IX y tres durante el reinado de Enrique III; las hostilidades concluyen con edictos reales que dejan insatisfechos a los contendientes, lo que en poco tiempo provoca nuevos enfrentamientos entre ellos, que derivan en nuevas guerras. La última, en 1594 bajo Enrique IV, conlleva la pacificación relativa del país a través de la firma del célebre Edicto de Nantes en 1598. En todos esos años se discute una y otra vez sobre la libertad de conciencia y la de reunión o de culto que se debe (y puede, según la oposición interna) conceder a los calvinistas.⁶⁹ Una minoría católica ilustrada apoyaba los esfuerzos de tolerancia que se hacía necesaria en vista del avance del protestantismo en la sociedad francesa. Los habitantes de París y un numeroso grupo intransigente de nobles se niegan y combaten a los hugonotes que a su vez responden con las armas a esos ataques comandados por la Liga. En la madrugada del 24 de agosto de 1572, el día de San Bartolomé, en una trampa preparada por la corona, fueron masacrados en París 3,000 hugonotes⁷⁰ y, en los días posteriores, alentados por ese hecho, los fanáticos católicos acaban con 10,000 más en el interior del país.⁷¹ Ésta no fue la única matanza provocada por los odios confesionales pero sí la más grave y la que provocó mayores repercusiones, una de las cuales, además de atizar la lucha, fue que los protestantes se cuestionaron con mayor vehemencia el derecho de los pueblos a derrocar al soberano.⁷² Cuando los vaivenes de la política se movieron en sentido contrario, y la corte francesa se opuso a sus intereses, serán los católicos seguidores de la Liga los que postularán el mismo derecho al tiranicidio.⁷³

Podemos apenas imaginarnos el grado de estupefacción en la que vivían quienes no eran presa fácil de los afanes por atropellar al contrario. En una época en la que los extremismos son los que llevan la voz cantante, la medida es vista con sospecha. Lejos de mantenerse ajeno a lo que sucedía en su nación, y a pesar de su supuesto retiro, Montaigne tuvo una participación decisiva en los acontecimientos:

⁶⁹ Nakam. p. 170.

⁷⁰ Elliott. p. 204.

⁷¹ Nakam. p. 248.

⁷² Véase de Arlette Jouanna: «Un idéal d'ordre politique en France au XVI^e siècle: la monarchie mixte» en *Ordre et désordre dans la civilisation de la Renaissance*, p. 59.

⁷³ Montaigne dice al respecto: "Cette proposition si solenne: S'il est permis au sujet de se rebeller et armer contre son prince pour la defence de la religion, souviene-vous en quelles bouches, cette année passée, l'affirmative d'icelle estoit l'arc-boutant d'un parti, la negative de quel autre parti c'estoit l'arc-boutant; et oyez à present de quel quartier vient la voix et instruction de l'une et de l'autre; et si les armes bruyent moins pour cette cause que pour cette là." *Essais*, II. 12. p. 420.

-Cuando el futuro escritor tiene 15 años (nace en febrero de 1533), se suscita una revuelta en Burdeos que provoca “terrible represión”.⁷⁴ Al año siguiente su padre lo manda a estudiar a Toulouse; a los 21 años lo nombran consejero en Périgueux, poco después su padre es nombrado alcalde de Burdeos.

-1554/56: su padre “Pierre Eyquem se trouve maire de Bordeaux dans les circonstances les plus difficiles. Selon son fils il compromet dans ces peines et labeurs sa fortune et sa santé.”⁷⁵

-En 1557, a los 24 años, Michel de Montaigne entra al Parlamento de Burdeos, comienzan poco después en Francia las conspiraciones y revueltas que encuentran una breve tregua en el primer edicto de tolerancia de Enero de 1562 por el cual se concede a los protestantes el derecho a reunirse. Un año antes el Parlamento le encarga una misión relacionada con los problemas religiosos de su región.

-En 1562, el Parlamento de París decide hacer profesión de fe católica, Montaigne que se encuentra en la ciudad, la hace el 10 de junio. En octubre se traslada a Rouen y se une al ejército real que recupera esta ciudad de manos de los hugonotes. En esta ocasión entra en contacto con unos indígenas brasileños.

-1570 Montaigne vende su cargo de consejero en el Parlamento de Burdeos en el que laboró durante 14 largos años; poco después se retira al castillo que heredó de su padre muerto en 1568, tiene 38 años pero se manifiesta “las depuis longtemps déjà de sa servitude du Parlement et des charges publiques...”⁷⁶ En este mismo año de 1571, Carlos IX lo hace caballero de la cámara del rey.

-Durante la guerra civil que se extiende entre 1572 y 1574, en Poitou, se encuentra Montaigne junto con otros gentilhombres con los ejércitos reales que pretenden recuperar el sitio, la batalla no se lleva a cabo, pues el jefe hugonote, La Noue, la rehusa.

-En 1577, el rey Enrique de Navarra (hugonote), lo hace caballero de su cámara.

-En 1580, en París, le entrega un ejemplar de la primera edición de los *Ensayos*, en dos tomos, al rey de Francia, Enrique III. Durante su largo viaje por Italia, cuando pasa por Roma visita al papa Gregorio XIII. En septiembre le informan que ha sido electo alcalde de Burdeos.

⁷⁴ Véase la ‘Chronologie de Montaigne’ en: *Œuvres complètes*. La Pléiade. p. XIV.

⁷⁵ *Ibidem*. p. XIV - XV.

⁷⁶ *Ibid*. p. XVI.

-1582-1584 primer periodo de Montaigne en la alcaldía. Es reelegido para un segundo mandato: 1584-1586, durante éste, su región padece la guerra civil y la peste. El rey de Navarra visita el castillo de Montaigne en donde permanece dos días con su corte. En esa época, el escritor buscará un entendimiento entre este líder hugonote y el mariscal de Matignon, gobernador de la Guyenne, fiel a Enrique III. La estrecha relación que llevan Matignon y Montaigne, con el apoyo de las autoridades bordolesas, impiden que en 1585 esta ciudad caiga en manos de los miembros de la Liga. Ese mismo año la peste se extiende en Burdeos.

-1588, en París, la revuelta popular contra el rey Enrique III obliga a éste a dejar la capital, entre los gentilhombres fieles que lo acompañan se encuentra Montaigne.⁷⁷ A su regreso de Rouen, Montaigne enfermo de reumatismo (según unos, de un ataque de gota, según otros) es hecho prisionero por la turba parisina y llevado a la Bastilla de la que sale gracias a la intervención de la reina-madre Catalina de Médicis que estaba en buenos términos con Enrique de Guisa.⁷⁸ Cuatro años después, a los 59 años, el ya célebre escritor muere en su cuarto.

Ideario político.

Como acabamos de ver en el apretado resumen que antecede a este apartado, nada autoriza a pensar que Montaigne se mantuvo al margen, y mucho menos indiferente, a los acontecimientos políticos que turbaron su época. Nada más distante de él que la vida de un artista que llevara una supuesta existencia encerrada en una torre de marfil, egoísta y autocomplaciente que le han atribuido algunos autores.

Je ne trouve ni beau ni honnête de se tenir hésitant et indifférent dans les troubles de son pays, et en une division publique je me joins fermement au parti le plus sain; mais je n'aime pas me faire particulièrement remarquer comme étant outre raison ennemi des autres, d'autant que j'aperçois aux opinions contraires une pareille faiblesse.⁷⁹

⁷⁷ *Ibid.* p. XXII.

⁷⁸ Nakam, p. 356.

⁷⁹ Fragmento recogido, y modernizado en el lenguaje, por Paul Galleret en: "*Essais*" de Montaigne, p. 321.

Muchas de las afirmaciones del alcalde de Burdeos, consejero de reyes y mediador entre partes antagónicas, en torno al gobierno y a la dirección de los Estados, al comportamiento público de los dirigentes, a la obediencia de la leyes, al cambio y, en general, a la ética política que podemos leer en los *Essays*, tuvieron una variedad de causas que pueden rastrearse en los hechos vividos por él y de los cuales en ocasiones fue víctima o protagonista.⁸⁰

A la luz de la relación breve que hicimos, echemos ahora un vistazo a algunos de los postulados que dejó en su famosa obra para poner en claro su pensamiento político:

Rien ne presse un estat que l'innovation: le changement donne seul forme à l'injustice et à la tyrannie. Quand quelque piece se démanche, on peut l'estayer: on peut s'opposer à ce que l'alteration et corruption naturelle à toutes choses ne nous esloigne trop de nos commencements et principes. Mais d'entreprendre à refondre une si grande masse et à changer les fondements d'un si grand bastiment, c'est à faire à ceux qui pour descrosser effacent [...]

La fin du chirurgien n'est pas de faire mourir la mauvaise chair; ce n'est que l'acheminement de sa cure. Il regarde au delà, d'y faire renaistre la naturelle et rendre la partie à son deu estre. Quiconque propose seulement d'emporter ce qui le masche, il demeure court, car le bien ne succede pas necessairement au mal; un autre mal luy peut succeder, et pire, comme il advint aux tueurs de Cesar, qui jettarent la chose publique à tel point qu'ils eurent à se repentir de s'en estre meslez. A plusieurs depuis, jusques à nos siecles, il est advenu de mesmes. Les François mes contemporanées sçavent bien qu'en dire. Toutes grandes mutations esbranlent l'estat et le desordonnent.⁸¹

Considera Montaigne que el hombre de entendimiento debe seguir la vía común, ya que hacer lo contrario se debe más a afectación ambiciosa y locura que a una verdadera razón, y si bien el hombre sabio debe apartar su interior de la presión para poder juzgar con libertad, externamente habrá de comportarse según la costumbre heredada.⁸² Afirma también que a la sociedad no le competen nuestros pensamientos, pero en cambio nuestra manera de actuar, nuestro trabajo, nuestra fortuna e incluso nuestra vida, es preciso ponerlos al servicio de ella y cita como ejemplo a Sócrates que rehusó salvar su vida para no desobedecer a un juez, aun siendo éste injusto e infame. Pues según él, la regla de reglas y la ley de leyes es que cada uno obedezca las del lugar en donde está. Duda si se puede encontrar algún provecho en el cambio de una ley recibida, no importa cual sea ésta, pues

⁸⁰ Géralde Nakam en la obra multicitada hizo una muy buena aproximación en ese sentido.

⁸¹ *Essais*, III, 9, p. 935/936.

⁸² *Essais*, I, 23, p. 117.

trae malas consecuencias tanto como cambiar la política que es como un edificio construido con piezas de tal manera que es imposible separar una sin que el conjunto se resienta. “Je suis desgousté de la nouvelleté, quelque visage qu’elle porte, et ay raison, car j’en ay veu des effets très-dommageables”.⁸³

Necesitamos tomar en cuenta esta característica del llamado ‘conservadurismo’ del humanista gascón: una y otra vez en los *Essays* rechaza y critica la propensión a la innovación que tenían los hugonotes y los seguidores de la Liga, pues veía cómo los cambios impulsados por ellos estaban llevando a Francia a la división, la lucha y la muerte entre hermanos.⁸⁴ Su moderación lo llevó a apoyar a la monarquía en contra de los embates de reformadores, no obstante sus simpatías con algunas ideas de éstos y su amistad con varios de ellos, señaladamente con Enrique de Navarra, con quien por otro lado, una vez que se convirtió en rey de los franceses y abrazó la religión católica, mantuvo una prudente distancia. Asimismo se opuso a la intransigencia reaccionaria de los partidarios de los Guisa, fieles a los dictados del papado y aliados de los españoles.

En su opinión, la religión, en lugar de ayudar a la concordia entre los franceses, era simple instrumento para justificar los enfrentamientos; en el capítulo dedicado a la ‘Apologie de Raymond Sebond’, critica ese uso:

Et nous trouvons estrange si, aux guerres qui present à cette heure nostre estat, nous voyons flotter les evenemens et diversifier d’une maniere commune et ordinaire. C’est que nous n’y apportons rien que le nostre. La justice qui est en l’un des partis, elle n’y est que pour ornement et couverture; elle y est bien alleguée, mais elle n’y est ny receuë, ny logée, ny espousée; elle y est comme en la bouche de l’advocat, non comme dans le cœur et affection de la partie. Dieu doibt son secours extraordinaire à la foy et à la religion, non pas à nos passions. Les hommes y sont conducteurs et s’y servent de la religion; ce devroit estre tout le contraire.⁸⁵

Al interpretar a Montaigne siglos después fuera de su contexto histórico nos puede ahora chocar su insistencia en que nos sometamos a las costumbres y a las leyes establecidas. Pero debemos tener en cuenta que hemos recibido la influencia de toda una

⁸³ *Essays*, p. 118.

⁸⁴ “No era casualidad que las tres mentes más creadoras de la segunda mitad del siglo –Montaigne, Bodin y Shakespeare– fuesen profundamente conservadores en su actitud con respecto al gobierno y a la sociedad. Los hombres inteligentes hacían hincapié en la necesidad de un buen gobierno –sinónimo de realza fuerte– como respuesta al desorden público. En un mundo así, donde el orden constituía un interés, la innovación era como un descuento”. En Elliott, *La Europa dividida*, p. 399.

⁸⁵ *Essays*, II. 12. p. 419-420.

tradición historiográfica que presenta a la Revolución Francesa y a la Independencia Norteamericana como hitos en la historia de la humanidad y que tenemos en nuestro espíritu la impronta que ha dejado la ideología surgida de esos importantes movimientos (a los que por lo demás el humanista francés que estamos analizando contribuyó a desarrollar pues varios de los enciclopedistas abrevaron del espíritu contestatario e inquisitivo contenido en sus *Ensayos*).

Por el contrario, si atendemos el emplazamiento al que se veía sometido el europeo de la segunda mitad del siglo XVI y las complicadas circunstancias que se le presentaban, comprenderemos mejor porqué, para Montaigne, el mantener el orden era condición necesaria para lograr un entendimiento básico entre sus coterráneos.

El tradicional axioma político de su tiempo: *un roi, une foi, une loi*,⁸⁶ que en boca de los contendientes justificó los más graves desmanes, llevó a Montaigne a postular la necesidad de atemperar las pasiones religiosas y buscar el acuerdo entre los adversarios. Sin renunciar a su creencia religiosa se inclinó por reconocer la prelación de la política sobre la religión y en ello se ubicó en una posición que, al cabo de muchos años, sería la prevaleciente. Junto con otros importantes pensadores de su tiempo como Bodin,⁸⁷ su llamado a lograr la unidad en torno al monarca sentará las bases ideológicas que contribuirán a que se desarrolle el estado nacional y la monarquía absoluta, mientras va emergiendo y consolidándose la clase burguesa.

Pero en lo relativo al cambio *per se*, Montaigne tiene una concepción similar a lo que Octavio Paz con perspicacia nos recuerda al referirse a un autor nacido en 1580, el mismo año de la edición príncipe de los *Ensayos*:

Quevedo ve en Heráclito el filósofo del cambio; mejor dicho, desde la perspectiva de su época, cambio y movimiento no eran sino funestos accidentes del mundo sublunar, sujeto al tiempo y sus horrores: la decadencia, la enfermedad, el pecado y la muerte [...] Nadie más alejado de ese Heráclito que el nuestro, filósofo de la energía y de la contradicción, simultáneamente hegeliano y marxista, nitzscheano y spengleriano. La sobrevaloración del

⁸⁶ Véase: Elliot, *La Europa dividida*, p. 373.

⁸⁷ En el libro *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno* de Antonio Gramsci, se dice en la nota de la p. 38: “Obras de Bodin: *Methodus ad facilem historiarum cognitionem* (1566) donde indica la influencia del clima sobre la forma de los Estados, hace alusión a una idea de progreso, etc.; *République* (1576), donde expresa las opiniones del Tercer Estado sobre la monarquía absoluta y sus relaciones con el pueblo; *Heptaplomeres* (inédito hasta la época moderna), en el cual confronta todas las religiones y las justifica como expresiones diversas de la religión natural, la única razonable y todas igualmente dignas de respeto y de tolerancia.

cambio es moderna y está ligada a la aparición de la idea del progreso. Para Heráclito, como para la Antigüedad, el cambio no era valioso en sí; al contrario: era el síntoma o la consecuencia de una carencia o imperfección. Las cosas cambian porque, a través del movimiento buscan su reposo, la plenitud del ser.⁸⁸

De igual manera, Montaigne lamenta en distintos pasajes de su obra la corrupción a la que el tiempo somete a todas las cosas en este mundo, conforme con la idea sostenida por muchos pensadores desde el origen de la filosofía. Existen en él otras similitudes; como humanista refleja también lo que Ágnes Heller señaló sobre el hombre del Renacimiento que concebía el movimiento general de la historia en analogía con el organismo vivo cuyos ejemplos los tomaba de la historia política de la Antigüedad.⁸⁹ Así nos lo refleja Montaigne cuando, al referirse a América y sus habitantes, utiliza los siguientes términos: “mundo tan nuevo y tan niño”; o cuando compara a Europa y América con las partes del cuerpo en donde aquélla es el “miembro tullido” y ésta, el “vigoroso”. Califica también como “balbuceos de esta infancia” a las inteligentes respuestas de los indios a las amonestaciones españolas.⁹⁰ Aun cuando el espíritu humanista compartido por este autor tuviera como base una noción hoy superada sobre la evolución histórica no impidió que pudiera indagar con profundidad en la problemática de su entorno vital.⁹¹

La incómoda coyuntura en la que está inmerso el ensayista francés hace que exprese con escepticismo la siguiente frase: “Dieu le sçache, en nostre presente querelle, où il y a cent articles à oster et remettre, grands et profonds articles, combien ils sont qui se puissent vanter d’avoir exactement recogneu les raisons et fondements de l’un et l’autre party?”⁹² Si leemos con cuidado esta afirmación podemos percatarnos que el escritor apunta implícitamente a la importancia del consenso pues sin él la ley se puede manipular y sirve

⁸⁸ Octavio Paz, “Chumacero, Quevedo, Lope de Vega y dos o tres sonetos”, en *Sábado*, p. 4. En algún momento dice Montaigne: “La vie est un mouvement materiel et corporel, action imparfaicte de sa propre essence, et desreglée”. *Essais*, III. 9. p. 967.

⁸⁹ Ágnes Heller, *El hombre del Renacimiento*, p. 338.

⁹⁰ Véase *supra* en este mismo capítulo, el inciso: a) El Indio Americano en los *Ensayos*.

⁹¹ Esto ha sucedido en innumerables ocasiones, es más, se dan casos en los que un artista que sustenta posiciones contrarias a lo que se considera ‘progresista’, debido a la calidad de su obra logra penetrar en el fondo de las dificultades de su época, brindándonos mejores claves que los artistas ‘avanzados políticamente’, casos extremos son: Louis-Ferdinand Céline y Ezra Pound. Vale insistir en que la ideología de un autor no tiene un efecto lineal y directo en su obra, pero por otro lado, tampoco podemos decir que no tenga ninguna influencia, por el contrario, al responder *tan fielmente* al código de valores que la sustenta puede llevar al artista a superar el inmediato interés de un grupo o clase social y concebir una obra que trasciende las limitaciones inmediatas de su sistema ideológico.

⁹² *Essais*, I, 23, p. 121.

tanto a uno como a otro contrincante para fines opuestos, de ahí su favorable acogida tanto a lo que escuchó en sus entrevistas con los brasileños como lo que leyó sobre América cuyos habitantes ‘sin tantas leyes ni magistrados vivían en mayor armonía y entendimiento’. Romper el acuerdo político entre los nacionales lleva a la turbulencia y a resultados inciertos o contraproducentes, de ello tenía vasta experiencia, como ya dijimos. “D’autant que la discipline ordinaire d’un Estat qui est en sa santé ne pourvoit pas à ces accidens extraordinaires; elle presuppose un corps qui se tient en ses principaux membres et offices, et un commun consentement à son observation et obeïssance.”⁹³ Estas frases convalidan lo que acabamos de expresar, hemos subrayado las expresiones que lo muestran de manera clara.

Otro aspecto a destacar lo encontramos en el escepticismo del que Montaigne hace gala en su obra; insiste frecuentemente en la relatividad de todo juicio, en la debilidad de la razón humana, con ello busca romper la soberbia de quienes alentados por verdades absolutas tendían, entre otras cosas, a suprimir a quien pensara diferente a ellos. De esa manera, al tiempo que propugnaba su aversión a la violencia: “Il y a je ne sçay quoy de servile en la rigueur et en la contraincte; et tiens que ce qui ne se peut faire par la raison, et par la prudence et adresse, ne se fait jamais par la force”,⁹⁴ aspiraba a imbuir la tolerancia que empezaba a abrirse camino entre ciertos sectores ilustrados de la comunidad francesa y en los de otras naciones.

No son, por lo tanto, sus afirmaciones meras especulaciones filosóficas, todo lo contrario, se inscribían en una preocupación y en una franca intención de hacer ver a sus contemporáneos la impostura en la que se hallaban. Su militancia en el bando de los que sostenían al monarca, su cercanía con los católicos moderados (los llamados en su época de manera despectiva ‘les Politiques’)⁹⁵ y a favor del entendimiento entre los franceses se expresa no solamente en su práctica política sino en el mensaje encerrado en su obra.

Por otro lado, no debemos pensar que su respaldo a la monarquía era incondicional y acrítico, tenemos noticia de que las invitaciones hechas por Enrique III y Enrique IV para que formara parte de sus cortes respectivas fueron gentilmente rechazadas por Montaigne. En múltiples ocasiones se permitió en su obra cumbre hacer acerbos críticas a los poderosos

⁹³ *Ibid.*

⁹⁴ *Essais*, II, 8, p. 368.

⁹⁵ Véase Nakam, p. 332.

de su tiempo, unas veces mencionándolos abiertamente por su nombre, en otras, sólo aludiendo a los atropellos cometidos por esos personajes. Esos juicios eran muy bien comprendidos por sus coetáneos, pero a nosotros, a falta de mayores referencias históricas, algunos de ellos se nos escapan. “Qui rend les Tyrans si sanguinaires? C’est le soing de leur seurté, et que leur lâche cœur ne leur fournit d’autres moyens de s’assurer qu’en exterminant ceux qui les peuvent offencer, jusques aux femmes, de peur d’une esgratigneure...”⁹⁶ También hay que decir que no únicamente se manifestó en contra; así como condenó la cobardía, la ambición y la traición de sus coterráneos, ponderó y ensalzó las virtudes y valores morales en donde los encontraba en uno o en otro partido, entre los franceses o entre los habitantes de otros países. Concedía, sin regatear méritos, la razón a quien la tuviera: “Je festoye et caresse la verité en quelque main que je la trouve, et m’y rends alaigrement, et luy tends mes armes vaincues, de loing que je la vois approcher”.⁹⁷

Cuando, en 1592, Montaigne fallece en la habitación de su querido castillo, su país está lejos de haber encontrado la paz y el orden tan ansiados por él; todo lo contrario, la situación parece empeorar con España invadiendo territorio francés y la envalentonada Liga enfrentándose a la legítima sucesión de Enrique III, que murió a consecuencia de las heridas que le provocara el puñal⁹⁸ que le encajó un fanático religioso en quien los llamados al tiranicidio tuvieron eco.

c) La representación de lo americano

En la conciencia moralista de Montaigne existen vigorosas raíces que se hunden en la problemática realidad que le tocó vivir y de la que surgen sus más firmes concepciones. Por ello, cuando utiliza en sus escritos lo que ha leído o visto y escuchado, referido a la temática americana, lo hace siempre dentro de un contexto al que colma de significación; la inclusión de esos pasajes en los *Ensayos* (de los que hicimos un completo repertorio en la primera parte de este segundo capítulo), van a enriquecer sus planteamientos o a matizarlos,

⁹⁶ *Essais*, II, 27, p. 677.

⁹⁷ *Essais*, III, 8, p. 902.

⁹⁸ Véase: Elliot, *La Europa dividida*, p. 344.

pero los más enfáticos tienen como fin el hacer una franca condena a la conducta de sus contemporáneos.

Y si bien es cierto que algunas de las anécdotas que refiere de las Indias Occidentales pretenden únicamente mostrar la diversidad de costumbres que el hombre de distintos pueblos y épocas exhibe en el mundo, otra situación se nos presenta cuando resalta el contraste entre barbarie/civilización y despliega su rechazo a la conquista llevada hasta sus últimas consecuencias por los españoles en América, a quienes no escatima epítetos:

...cète genereuse obstination [de los indios] de souffrir toutes extremités et difficultés, et la mort, plus volontiers que de se soumettre à la domination de ceux de qui ils sont esté si honteusement abusez, et aucuns choisissans plustost de se laisser defaillir par faim et par jeune, estant pris, que d'accepter le vivre des mains de leurs ennemis, si vilement victorieuses...⁹⁹

Montaigne no siempre expone de manera directa sus opiniones, a veces procede por aproximación y, frecuentemente, con alusiones.¹⁰⁰ No dice: estoy en contra de que el duque de Guisa, el dirigente de la Liga, se alíe con los españoles para derrotar a los hugonotes franceses; simplemente desacredita a los ibéricos; muestra las vilezas cometidas contra los indios, su falta de conmiseración así como su avaricia y ambición desmedida, con lo cual descalifica toda alianza establecida entre ellos y la Liga.¹⁰¹

Es curioso constatar que el humanista gascón relate anécdotas de distintos pueblos indios como si fueran una misma nación con parecidas costumbres, apenas ubicándolos en el espacio y el tiempo, sin establecer más que tangencialmente las enormes diferencias existentes entre ellos, entre los indios tupi de Brasil y los aztecas de México, por ejemplo. No es de su interés incursionar en disquisiciones sobre la variedad de costumbres, religión, historia y comportamiento que tenían entre sí los aborígenes; no lo considera relevante. Para él hay características comunes a todos, la principal de ellas es la pureza propia de hombres que no han sido contaminados por el deterioro al que está sujeto el mundo.

⁹⁹ *Essais*, III, 6, p. 889.

¹⁰⁰ O como escribiera Bloom en *Where shall wisdom...* p. 147: "If Montaigne wants to persuade you, it is not by argument or authority, but through insinuation."

¹⁰¹ Los problemas con España tenían una larga historia: "Los conflictos de España con Francia se iniciaron con la ocupación que hizo en 1493 el rey Carlos VIII del reino de Nápoles [...] y la enemistad con Francia que, bajo Francisco I, disputaba a España los Países Bajos, el Rosellón, Navarra y los dominios españoles de Italia. La rivalidad entre Carlos V y Francisco I se extiende de 1521 a 1547, año de la muerte del rey de Francia [...] y se concentra en cuatro guerras que dejan breves intermedios de paz". José Luis Martínez, *Hernán Cortés*, p. 57/58.

Contrariamente a lo que piensa el europeo de su tiempo, la barbarie y el atraso en que viven los americanos son para Montaigne la base de donde procede el conjunto de virtudes que él aprecia. Por consiguiente, están los salvajes muy por encima de la estimación que concede a sus congéneres del viejo continente: valentía, franqueza, salud, fortaleza de ánimo y espíritu, obediencia a las leyes, lealtad, sabiduría natural; esto y más es lo que debemos admirar en los habitantes de ese nuevo mundo. En contraste, aquello que los europeos ven con horror o con actitud de superioridad, como el canibalismo o la ignorancia, es para Montaigne un asunto menor o, mejor aun, sustento y ejemplo de altos valores.

El salvaje, tras el examen al que somete el humanista francés a los americanos, pasa a ser menos bárbaro y condenable que el europeo, en un trastocar de perspectivas totalmente inéditas. En ello radica parte de su originalidad pues a pesar de que fray Bartolomé de las Casas ponderó también el grado de civilización alcanzada por los aztecas, la nobleza y valor moral del indígena, y militó contra la crueldad en la conquista, el fraile dominico se quedó corto al aceptar y propugnar la misión evangelizadora de España.

La causa primigenia que dio oportunidad y elementos a Montaigne para hablar de América, fue la propia experiencia que éste tuvo en la entrevista con los brasileños en Rouen durante el año 1562, de la cual -aunque dice que no sacó en claro mucho de lo que quería saber, debido a que el intérprete que lo ayudó no era competente- logra extraer suficiente provisión para darnos todo un ilustrativo capítulo con gran cantidad de información sobre los aborígenes brasileños: ‘Des cannibales’. Asimismo, es muy probable que su enorme curiosidad se nutriera de noticias, relatos y comentarios que sus conacionales pudieron haberle brindado. Sabemos además que con la llegada de Villegagnon a Brasil en 1557, algunos de sus compañeros de aventura publicaron libros sobre sus vivencias allá: entre otros, André Thevet, *les Singularités de la France antarctique* (1563) y Jean de Léry, *Histoire d’un voyage fait en terre du Brasil, dite Amérique* (1578), y de ellos Montaigne también tomó pasajes¹⁰² para incluirlos en el capítulo mencionado.

¹⁰² Cfr. las notas respectivas en *Œuvres complètes*, p. 1493-1495. Sobre las exploraciones francesas, véase asimismo: Cottret, p. 76-81.

De la primera edición de los *Ensayos* aparecida en 1580, que cuenta básicamente con ese capítulo como el más relevante dedicado al tema americano, a la edición de 1588 en la que aparecen ya gran cantidad de añadidos en distintos capítulos a lo largo de los dos primeros libros y con el agregado de uno tercero, que contiene además otro extenso texto ('Des coches') centrado en la conquista del Nuevo Mundo, hay una distancia de ocho fructíferos años. Ese periodo está lleno de singulares vivencias que van desde el dilatado viaje que realizó Montaigne, entre otras cosas para buscar alivio a sus problemas de salud (piedras en el riñón), teniendo como destino principal a Italia, pasando por Suiza y Alemania, al cabo del cual vivió sus dos periodos como alcalde de Burdeos, hasta las lecturas que hizo durante ese tiempo, lecturas que sobresalen no por el número sino por las secuelas que quedaron impresas en su obra más famosa.

Resulta paradójico que la principal fuente de donde saca Montaigne la mayor cantidad de ejemplos que le dieron materia para hablar tanto de la valía de los americanos como de la ruindad de los españoles, sea una obra concebida para exaltar las hazañas del grupo de españoles que emprendieron la conquista de América, en especial Hernán Cortés.¹⁰³ En efecto, como mencionamos antes,¹⁰⁴ Francisco López de Gómara cuya obra *Historia general de las Indias* fue traducida al francés en 1584, es decir, con posterioridad a la primera edición de los *Ensayos*, proporcionó a Montaigne la mayor parte de la información sobre este tema que será incluida en la edición ampliada de 1588; los testimonios extraídos de los escritos de Gómara fueron reproducidos apenas con ligeras variantes y sin que fuera ese autor mencionado por su nombre (algo común en la época, por lo demás), aunque no deja de señalar en tono de reproche, tras la descripción que hace de una más de las matanzas cometidas por las huestes españolas: "Nous tenons d'eux-mesmes ces narrations, car ils ne les advouent pas seulement, ils s'en ventent et les preschent".¹⁰⁵ En otro momento lo vuelve a mencionar, cuando narra la historia del mundo según la

¹⁰³ Al respecto Silvia L. Cuesy comenta: "En los paréntesis narrativos de la *Historia de la conquista*, Gómara prepara al lector para que avale la importancia de la dominación llevada a cabo por los españoles sobre criaturas con aberrantes costumbres." En el estudio preliminar de *Historia de la conquista de México* de Francisco López de Gómara, p. 24.

¹⁰⁴ Véase p. 23 y 24 de este trabajo. Hay que decir también que, como cita Stephane en *Autour de Montaigne*, p. 112: "Selon Pierre Villey, Montaigne lut pour 'Les cannibales' (I, 31) et pour 'Les coches' (III, 6) *L'Histoire des Indes* de Benzoni, traduite par Chauveton en 1519. *L'Histoire admirable des horribles insolences, cruautés et tyrannies exercées par les Espagnols aux Indes occidentales*, de Las Casas, traduite la même année, figure dans sa bibliothèque."

¹⁰⁵ *Essais*, III. 6. p. 891.

cosmovisión mexicana: “Ce qu’ils estiment de la maniere que ce dernier Soleil perira, mon auteur n’en a rien appris”.¹⁰⁶

La principal y más clara diferencia que percibimos en esas dos ediciones de los *Ensayos* en lo que toca al tema que venimos tratando se encuentra en que Montaigne en primera instancia orienta sus conceptos a alabar la virginidad y pureza indígena y a criticar, por comparación, la corrupción a la que ha llegado el europeo. A partir de los fragmentos incorporados, a todo lo anterior, suma la condena a la violencia ejercida por el español en contra de los naturales americanos.

d) La singularidad del tema americano en los *Ensayos*

Para regresar a lo expuesto en el primer capítulo de este trabajo, si retomamos los argumentos que esgrimieron las partes antagónicas en la polémica sobre el Indio Americano, podemos ahora constatar que esta discusión, tal como se dio fundamentalmente en España y América respecto a la humanidad o no del indio, no se reflejó de forma similar en las preocupaciones de Montaigne. Básicamente hay que señalar que él ni siquiera se plantea que los indios no tengan alma, esa parte del debate está ausente en sus textos, puesto que el indígena es para él un ser humano completo, con los mismos derechos que cualquier otro, superior incluso por su valor moral; el escritor más bien aprovecha la experiencia americana para zaherir a sus congéneres desde una posición abiertamente favorable a los indios, idealizándolos incluso. A manifestaciones de sus compatriotas, como Villegagnon quien veía a los salvajes como “bêtes portant figure humaine”,¹⁰⁷ el humanista gascón afirma libre de todo prejuicio que los americanos no son esencialmente “du tout différents de nous”.¹⁰⁸ Al mismo tiempo encuentra en la intolerancia religiosa practicada por los españoles contra los indios la razón para enderezarles duras críticas que revelan su preocupación por la cerrazón imperante en Francia entre los distintos partidarios religiosos. Y en momento alguno acepta, como propusieron los conquistadores y sus agentes

¹⁰⁶ *Ibid.* p. 893.

¹⁰⁷ Citado por Nakam, *Montaigne et son temps*, p. 114.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 116.

ideológicos, que la rusticidad de los indígenas sea razón que justifique el que se les tome como siervos al servicio del ‘hombre civilizado’.

Los que, al igual que los súbditos de Carlos V y Felipe II, sostenían que la fe católica era la “verdadera religión” pudieron haberle objetado esas críticas, pero Montaigne, con sensatez postula que convertir a los indios al cristianismo debió de haberse hecho por la vía del convencimiento y el buen ejemplo,¹⁰⁹ métodos ciertamente más piadosos que los que fueron utilizados. Sin temor, no duda en cuestionar a sus correligionarios:

Voulez vous voir cela? Comparez nos meurs à un Mahometan, à un Payen; vous demeurez tousjours au dessous; là où, au regard de l'avantage de nostre religion, nous devrions luire en excellence, d'une extreme et incomparable distance; et devoit on dire: «Son ils si justes, si charitables, si bons? ils sont donq Chrestiens.»¹¹⁰

La descripción que hacen los Cronistas de Indias de algunas costumbres de los americanos, es para ellos signo de su bestialidad; en el ensayista, es prueba de la humana diversidad y sin vacilar reporta casos paralelos que extrae de historiadores de la Antigüedad o de época reciente. El carácter diferente del americano, lo extraño, da pie al europeo para creerse mejor a él; en cambio, para Montaigne es sólo eso, es diverso, simplemente. La auténtica superioridad se encuentra en el valor moral, pero ella, de la cual los naturales de América dieron sobrada muestra, de nada les sirvió y fue hasta contraproducente pues facilitó su ruina al ser vilmente utilizada por el español con más habilidad en toda suerte de traiciones y engaños, venció el ibérico no a pesar sino gracias a su inferioridad ética.

En lo que existe unanimidad en las dos visiones es en el asombro que les despiertan las monumentales construcciones de las civilizaciones quechua y mexicana, y los avances alcanzados por ellas en artes y ciencias; sin embargo, de nada les valió tanta grandeza a los indígenas occidentales para lograr su sobrevivencia y preservación, lo que deplora profundamente el autor francés.

¹⁰⁹ Seguramente Montaigne no supo de los intentos realizados por Vasco de Quiroga que iban en el mismo sentido del ideal planteado por él, véase J.L. Martínez, *Cortés*, p. 103-104.

¹¹⁰ *Essais*, II. 12. p. 419.

Capítulo III

La función del texto

a) La producción de sentido en los *Ensayos*

« Toute grandeur humaine comporte d'abord
du discernement, ensuite de l'énergie.

La première de ces qualités juge
du devoir, la seconde l'accomplit »

Oraison funèbre des guerriers morts à Chéronée,

Frase atribuida a Demóstenes, citada por Montaigne.

En una mañana inusualmente fría de agosto de 1589, hay un absoluto silencio alrededor de él, de tiempo en tiempo, cuando reanuda su deambular circular por la estancia, una baldosa suelta rebota, con el crujido que emite el barro viejo, bajo el peso de su cansino andar. Afuera, de lejos, le llega ocasionalmente el amortiguado balar de una oveja o la ronca queja de una perezosa vaca que paca en la ladera.

Durmió sin descansar pues, muy a su pesar, la inquietud que turbó su espíritu con la noticia del regicidio lo asaltó intermitentemente toda la noche. Había decidido utilizar el lecho que tenía a su disposición en el piso de abajo y mantenerse cerca de sus amados libros para tratar de llevar algún consuelo a su ánimo alterado. Muchas ideas y recuerdos en desorden vienen a su mente y trata de encontrar un poco de distracción para recuperar la serenidad habitual de su temperamento.

En momentos se sienta frente a su escritorio en donde tiene dispersos varios tomos abiertos; hojas sueltas de papel, garabateadas con minúscula caligrafía, están intercaladas tanto entre los lomos de esos ejemplares como entre las hojas de los mismos.

No logra concentrarse para contestar a los apremiantes mensajes que recibiera del rey de Navarra en los que lo urgía a acompañarlo para emprender la serie de acciones que deberían de llevar a éste al trono francés.

¿Cómo insistir ante el soberano, con novedosos conceptos y diferentes palabras, sobre lo que ya ha dicho tantas veces? Es cierto, la situación ahora es distinta, aunque no se sorprende de que las cosas hayan llegado al punto en el que están en esos aciagos tiempos, tristemente violentos.

Por otro lado, tiene que vencer la animadversión que le despiertan los partidarios despiadados, que no deponen las armas, del otro Enrique, el presuntuoso y desbocado duque de Guisa (también asesinado pocos meses antes) para recomendar —una vez más, pero a la luz de los recientes acontecimientos, con nuevas fórmulas— el anhelado entendimiento entre los contendientes.

De pie en estos momentos, respira profundamente el aire que le llega desde el exterior, limpio y perfumado con el aroma vegetal de la dulce campiña gascona, y otea desde su torre a través de la rectangular abertura que facilita, generosa, la entrada de la luz al recinto. Así, completamente erguido, en firme postura como suele pararse, observa hacia el Oeste desde la ventana de su querida posesión; en la vereda clara a causa de la arenilla colocada ex profeso para facilitar la marcha entre la hierba seca, se aproxima graciosamente, con rítmico balanceo, una joven aldeana que tal vez porta —no lo sabe de cierto— algo de provisiones que le habrán encargado los que llevan el mantenimiento del hogar. Para protegerse del sol, esta mujer que él adivina atractiva, oculta la cara bajo un sencillo gorro desteñado. Se concentra en la contemplación de este ser anónimo y se olvida por unos segundos de su desasosiego.

Súbitamente contrae el rostro a causa de un dolor punzante en el vientre que lo regresa a los problemas que lo agobian. Inclina el torso hacia delante y busca nuevamente asiento. Un sudor frío le humedece la cabeza desde lo alto de su amplia frente calva. El conocido malestar que se manifiesta con aguda intensidad desde la espalda, encima de la cintura, provoca que se recueste un poco y voltee la mirada hacia arriba, al centro del techo de madera, y ve, sin prestar atención, una de las travesaños que luce pirograbada la siguiente inscripción en caracteres griegos:

“Todos nosotros, los seres vivos, no somos más que fantasmas, sombras sin peso”

Hemos imaginado de esta manera un momento en los postreros años de la vida de Montaigne, en ocasiones la ficción da una mejor idea del ambiente en el que se

desenvuelven los personajes históricos que el frío recuento de los acontecimientos. Un instante similar pudo haber vivido Michel de Montaigne en el ocaso de su existencia, aunque por fortuna todavía pudo continuar con ella por tres años más. Es imposible, sin embargo, saber qué tanto la ficción se acerca a lo que ya fue. Lo que sí tenemos es la muestra de la inquieta y versátil mente del humanista, llena de curiosidad y apertura a lo desconocido, carácter que salta a la vista, no nada más con la lectura de los célebres *Ensayos*, sino también de su *Diario de viaje en Italia*.¹

Otras de sus constantes, que nos dan idea de su ser profundo, es la sinceridad de sus expresiones. Emerson lo dijo de manera por demás elocuente: “Cut these words, and they would bleed; they are vascular an alive”.² Que el común de los hombres se preste a la impostura más por debilidad que por malicia, olvidados de sí mismos,³ contrasta con su temperamento gracias al cual “vivre à cœur ouvert n’est pas, pour lui, simple clause de style, c’est une maxime qu’il ne trouve pas difficile à mettre en pratique. De même, la porte de son château est restée ouverte à tout venant...”⁴

Leemos a Montaigne y nos topamos con el hombre, no nada más por la franca disposición a pintarse a sí mismo, exhibiendo sus defectos y aptitudes, sino también por las idas y vueltas de su pensamiento, sus dudas, sus temores, sus antipatías, sus preferencias. Tal vez más que con el hombre, deberíamos decir que nos encontramos con la conciencia de este hombre que se extrovierte. Montesquieu dijo: “Dans la plupart des auteurs, je vois l’homme qui écrit; dans Montaigne, je vois l’homme qui pense”.⁵ Montaigne es arquetipo: “habla de sí mismo a lo largo de 850 páginas, y todavía queremos saber más de él, pues representa no al hombre medio, y desde luego tampoco a la mujer, sino a casi todos los hombres que tienen el deseo, la capacidad y la oportunidad de pensar y leer.”⁶

Frecuentemente aseguró el escritor que debemos prestarnos a las obligaciones que nos impone el servicio al país en el que nos toca en suerte vivir, pero no entregarnos más

¹ *Journal de Voyage en Italie, par la Suisse et l’Allemagne en 1580 et 1581*, descubierto entre 1769 y 1770 por Prunis, canónigo de Chancelade, Périgord, y publicado por Querlon en 1774. Véase: ‘Introduction’ en *Œuvres complètes*, p. 1105.

² Citado por H. Bloom, *Where shall Wisdom be found?* p. 123.

³ Jean Starobinski, *Montaigne en mouvement*, p. 17.

⁴ *Ibidem*, p. 22.

⁵ Montesquieu, *Mes Pensées*, fragment 88. Citado por Stephane, *Autour de Montaigne*, p. 238.

⁶ H. Bloom, *El canon occidental*, p. 163

que a nosotros mismos.⁷ De ahí que, en una interpretación un tanto maniquea, haya sido considerado un egoísta, pero si consideramos con detenimiento la afirmación de que debemos preservar para nosotros la mejor parte de nuestras facultades, podemos ver que es el sustento en el que fincó su actuación al frente de la alcaldía y en las numerosas ocasiones en las que intervino como intermediario en las luchas de facciones de su tiempo. La distancia, el desapasionado análisis de las circunstancias que debía atender, ayudaron a que llevara a cabo sus responsabilidades en buenos términos, y tenemos constancia de ello.⁸ Sabemos también que fue requerido constantemente, lo que no hubiera sucedido si su actuación no hubiese dado fruto, por algo también fue elegido alcalde de Burdeos unánimemente y reelegido al término de ese mandato. Si cupiera alguna duda sobre lo que estamos diciendo, tenemos las palabras del humanista que la despeja: “Nous ne conduisons jamais bien la chose de laquelle nous sommes possédez et conduits [...] Celuy qui n’y employe que son jugement et son adresse, il y procede plus gayement [...] il marche toujours la bride à la main.”⁹ Además –y esto es lo más importante para sus lectores– seguramente debemos a esa concepción el que haya dedicado su talento en la íntima soledad a pergeñar el conjunto de reflexiones y relatos, salpicados de citas, que tomaron forma en los tres libros que integran los *Ensayos*.

Desapasionamiento no significa indiferencia, no encontramos frialdad ni apatía en sus escritos. Ya hemos visto cómo abordó Montaigne la novedad que representaba para el europeo del siglo XVI el encuentro con todo un continente nunca imaginado hasta entonces. En un pasaje dedicado a ese tema en el Tercer libro de los *Ensayos*, una vez realizada la prolongada narración de costumbres durante la cual ironiza sobre el supuesto ‘balbuco’ de los americanos que demuestran en su discurso mayor sentido común y propiedad para enfrentar la vergonzosa letanía que les recitaban los españoles cuando pretendían cubrir con una simulación legal el despojo de sus tierras y el sometimiento por la vía violenta, remata

⁷ “Nature nous a estrenez d’une large faculté à nous entretenir à part, et nous y appelle souvent pour nous apprendre que nous nous devons en partie à la société, mais en la meilleure partie à nous.” *Essais*, II. 18. p. 648.

⁸ “De Thou déclare dans son Histoire qu’il «tira bien des lumières de Michel de Montaigne, alors maire de Bordeaux, homme franc, ennemi de toute contrainte, et qui n’était entré dans aucune cabale, d’ailleurs fort instruit de nos affaires, principalement de celles de la Guyenne, sa patrie, qu’il connaissait à fond.» ‘Chronologie de Montaigne’ en *Œuvres complètes*, p. XIX.

⁹ *Essais*, III. 10. p. 985.

coloquialmente el francés con la frase: “tesmoing mes Cannibales”,¹⁰ con un dejo de familiaridad, como si la frecuentación de esos seres a los que dedicó todo un capítulo desde la primera edición de su libro, diera curso a la confianza entre semejantes, casi diríamos al cariño. El que utilizara ese mismo apelativo para titular el capítulo mencionado, habla del instinto literario del escritor que se sirve de ese encabezado para atraer la atención del lector, pero al mismo tiempo es una burla a la simpleza del europeo que suele homologar el término caníbal con el ser indígena.¹¹

El espíritu burlón del autor se manifiesta también cuando, para cerrar ese mismo capítulo centrado en la información derivada de los indígenas de Brasil, al hacer patente el buen juicio y la importancia social del brasileño con el que ha conferenciado, finaliza así: “tour cela ne va pas trop mal: mais quoy, ils ne portent point de haut de chausses!”¹² Esta mofa cobra mayor sentido si recordamos que Montaigne aborrece la exagerada elegancia impuesta por Enrique III a la corte:

Montaigne n'aime pas la cour d'Henri III, ses courtisans, ses poètes, son style, sa 'cérémonie'. Tout ce qu'il dit de ses usages est négatif. L'idéal de virilité qu'il a hérité de la première Renaissance et de la Antiquité se trouve blessé par ses modes et ses goûts. Le nouveau costume masculin lui semble à la fois impudique, incommode, efféminé.¹³

Recordemos a este propósito lo que dice el gentilhomme gascón en el capítulo ‘De l'usage de se vestir’: “Et puisque nous sommes sur le froid, et François accoustumez à nous bigarrer (non pas moy, car je ne m'habille guierre que de noir ou de blanc, à l'imitation de mon pere).”¹⁴

Un aspecto poco señalado por quienes han analizado a Montaigne radica en su conciencia social, Jean Lacouture llama la atención sobre la carta que envía el entonces

¹⁰ *Essais*, III. 6. p. 890.

¹¹ “Le thème du cannibalisme, pour sa part, allait connaître bien des transpositions. Les huguenots, lors des guerres de Religion, n'avaient pas manqué d'accuser leurs opposants «papistes» d'avoir une conception anthropophage de l'eucharistie, en postulant que le corps et le sang du Christ étaient substantiellement présents dans les espèces. Le cannibalisme, vrai ou controuvé, devenait un puissant marqueur culturel, pour opposer la civilisation et la sauvagerie, fût-elle celle de compatriotes de l'autre religion. [...] Dès la Renaissance, l'expérience du Nouveau Monde devait ainsi léguer à l'Occident une partie de son registre fantasmatique, en identifiant terme à terme le cannibale et l'indigène, natif des mondes lointains.” En Cottret, *La Renaissance*. p. 82.

¹² *Essais*, I. 31. p. 213.

¹³ Nakam, *Montaigne et son temps*, p. 373.

¹⁴ *Essais*, I. 36. p. 223.

alcalde de Burdeos al rey de Francia en la que plantea reivindicaciones insólitamente avanzadas para su tiempo: la asignación de los impuestos en función de los medios, excluyendo los privilegios nobiliarios, y la gratuidad e igualdad ante el aparato de justicia.¹⁵ En dicha carta, Montaigne señala: “Todos los impuestos deben recaer por igual sobre todas las personas, el fuerte llevando al débil [es] muy razonable que aquellos que tienen los medios mayores soporten la carga más que aquellos que viven azarosamente y del sudor de su cuerpo...” Adelante dice: “Como por la justicia reinan los reyes y por ella todos los Estados son mantenidos, también se requiere que sea administrada gratuitamente”. Y continúa refiriendo que en ese tiempo “el pobre pueblo está grandemente abrumado” por el alto costo que le representa el recurrir a los tribunales y por tanto, los pobres “están obligados muy a menudo a abandonar la prosecución de sus derechos”.¹⁶

Para confirmar esa particularidad, basta tener presente las menciones que hace el humanista con motivo de la visita de los brasileños a la corte durante su estancia en Rouen, cuando reproduce las agudas observaciones hechas por los indígenas que suenan al más puro espíritu revolucionario: se sorprenden de que viviendo unos en la miseria y otros en la opulencia, no se rebelen los primeros, y se extrañan de que hombres más fuertes obedezcan a un niño, Carlos IX en sus mocedades. Menciones de esta naturaleza no son inocentes y nos revelan a una persona poco indiferente a la injusticia social prevaleciente en sus días, al tiempo que nos exhiben la liberalidad del autor en el tratamiento de los tópicos más controvertibles.

Hay momentos en los que la indignación que le provocan los conquistadores de América queda traducida en palabras sentenciosas: “des mains [...] si vilement victorieuses”, “mecanique victoires”, “et contre tout droict de gens”. En otros, se nos muestra con las limitaciones de la ciencia de su tiempo; cuando describe la cosmovisión indígena que incluía la idea de que los hombres habían sido transformados en monos en la etapa previa a la primera pareja humana que rehizo la raza humana, asienta: “quelles impressions ne souffre la lâcheté de l’humaine creance!”¹⁷ ésta es quizás la única expresión contraria a los indios, aunque como podemos ver la emite en un sentido general, abarcando a todo el género humano.

¹⁵ Lacouture, *Montaigne a caballo*, p. 331-333.

¹⁶ *Ibid.* p. 331-332.

¹⁷ *Essais*, III. 6. p. 893.

Cuando Montaigne cita, no busca apoyar sus argumentos apelando a la ‘autoridad’ según el uso medieval (y como todavía solían hacer algunos humanistas, recuérdese la manera de argumentar de Sepúlveda, como vimos en el primer capítulo de este trabajo). Bloom recuerda: “Tal como dice Frame, Montaigne ha humanizado su humanismo...”¹⁸ El autor francés utiliza las citas para dar mayor color y enriquecer la idea que está exponiendo. No nada más ilustra con este recurso lo que está diciendo, lo complementa y le añade gracia por la utilización de expresiones poéticas extrapoladas de las más variadas fuentes: “Car je fais dire aux autres ce que je ne puis si bien dire, tantost par foiblesse de mon langage, tantost par foiblesse de mon sens. Je ne compte pas mes emprunts, je les poise”.¹⁹

Se ha dicho que este autor recurre mucho a las imágenes. Es cierto que utiliza metáforas, analogías y sinécdoques de una manera tan efectiva que le dan mucha viveza a sus *Essays*; basta con citar uno de sus mejores párrafos en el que nos representan muy bien el enorme sentido común que posee sobre la base de su conciencia escéptica, estoica y naturalista y notemos la imagen con la que concluye el párrafo que es de una fuerza explicativa excepcional:

Il faut apprendre à souffrir ce qu'on ne peut éviter. Nostre vie est composée, comme l'armonie du monde, de choses contraires, aussi de divers tons, douz et aspres, aigus et plats, mols et graves. Le musicien qui n'en aymeroit que les uns, que voudroit il dire? Il faut qu'il s'en sçache servir en commun et les mesler. Et nous aussi, les biens et les maux, qui sont consubstantiels à nostre vie. Nostre estre ne peut sans ce meslange, et y est l'une bande non moins necessaire que l'autre. D'essayer à regimber contre la necessité naturelle, c'est représenter la folie de Ctesiphon, qui entreprenoit de faire à coups de pied avec sa mule.²⁰

Volvamos por un momento al comentado conservadurismo de Montaigne. Tenemos que aclarar que, a pesar de lo que hemos dicho antes, para él la vida es cambio: “Il n'y a aucune constante existance, ny de nostre estre, ny de celui des objects. Et nous, et nostre jugement, et toutes choses mortelles, vont coulant et roulant sans cesse. Ainsi il ne se peut establir rien de certain de l'un à l'autre, et le jugeant et le jugé estans en continuelle mutation et branle”.²¹ Tiene una idea dinámica del devenir del mundo, “la vie est un

¹⁸ *El canon occidental*, p. 169.

¹⁹ *Essais*, II. 10. p. 387.

²⁰ *Essais*, III. 13. p. 1068.

²¹ *Essais*, II. 12. p. 586.

mouvement ilegal, irregulier et multiforme”,²² lo que contrasta con su rechazo al cambio político y podría por tanto descontrolar al lector y ponerlo ante una paradoja, pero si lo enfocamos desde la óptica de lo que hemos expresado en el capítulo anterior, veremos que hay una clara escisión entre su pensamiento filosófico y su pensamiento político y debemos insistir en que sus vivencias marcan sus posiciones al respecto.

A esto hay que sumar, para comprender mejor su posición en torno al indígena americano, la visión idealizada que tiene del pasado, principalmente de la antigüedad clásica griega y romana y de un utópico origen natural, libre de los vicios en los que ha caído la sociedad de su tiempo. En este aspecto comparte la concepción romántica sobre el hombre natural con otro destacado humanista de aquella época, su gran y único auténtico amigo Etienne de La Boétie²³ quien escribió en el *Discours de la servitude volontaire*, su obra más célebre:

Si d'avanture il naissoit aujourd'hui quelques gens tous neufs, ni accoustumes à la subjection, ni affriandés à la liberté, et qu'ils ne sceussent que c'est ni de l'un ni de l'autre, ni à grand'peine des noms; si on leur présente ou d'estre serfs, ou vivre francs, selon les loix desquelles ils ne s'accorderoient: il ne faut pas faire doute qu'ils n'aimassent trop mieulx obeïr à la raison seulement que servir à un homme.²⁴

Esa idealización del no-civilizado llevó a Montaigne a encomiar las cualidades que percibía en el indígena de América como ya tuvimos oportunidad de ver extensamente en el capítulo anterior. Tiene una franca posición naturalista, piensa que en la medida en que nos hemos separado de lo natural, se ha corrompido nuestro ser: “Nous avons abandonné nature et luy voulons apprendre sa leçon, elle qui nous menoit si heureusement et si seurement”.²⁵ Complementa esta concepción con el rechazo a la idea de que existe superioridad humana frente a otras criaturas valorando las muestras de inteligencia en los animales de las que da múltiples ejemplos en la ‘Apologie de Raimond Sebond’, y en una perspectiva

²² *Essais*, III. 3. p. 796.

²³ Etienne de La Boétie fue magistrado, poeta y humanista (1530-1563). De esa amistad dice Montaigne, entre otras cosas: “Nos ames ont charrié si uniement ensemble, elles se sont considerées d'une si ardante affection, et de pareille affection descouvertes jusques au fin fond des entrailles l'une à l'autre, que non seulement je connoissoy la sienne comme la mienne, mais je me fusse certainement plus volontiers fié à luy de moy qu'à moy”. *Essais*, I. 28. p. 188.

²⁴ Citado por Michel Butor en: *Essais sur les Essais*, p. 62.

²⁵ *Essais*, III. 12. p. 1026.

sorprendente nos presenta su muy conocida frase en la que se pregunta si cuando juega con su gata, no es más bien ella la que se entretiene con él.

Su posición a este respecto es radical: “Quand tout cela en seroit à dire, si y a-il un certain respect qui nous attache, et un general devoir d’humanité, non aux bestes seulement qui ont vie et sentiment, mais aux arbres mesmes et aux plantes”.²⁶ Dicho esto hace más de 400 años parece una sabia llamada de atención y una anticipación al grave deterioro al que hemos condenado nuestro entorno natural; desafortunadamente, para la mayoría de los hombres sus palabras siguen siendo una triste prédica en el desierto. Sin embargo, esta premoción nos da una idea de la medida de su genio y nos permite comprender porqué existen en él determinadas características que lo hacen un clásico: la pertinente selección de sus temáticas y la perdurable vigencia de sus preocupaciones, junto con la chispa y profundidad de su estilo expositivo.

Montaigne es muy original, pero al mismo tiempo expresa mucho de lo que sus contemporáneos piensan y sienten; no lo haremos aquí pero basta recoger algunos de los dictados de sus contemporáneos,²⁷ especialmente los llamados ‘políticos’, para percatarnos de las similitudes en los planteamientos manifestados por los actores del escenario político de entonces. Y si bien es cierto que él no fue el único que llamó a la conciliación, fue quizás el más lúcido e insistente. Así el escritor aparece como una atenta voz que nos transmite las preocupaciones más sentidas de su tiempo, he ahí una más de las razones de su trascendencia.

b) La reproducción de la forma ideológica

« Je ne peints pas l’estre, je peints le passage »

Situada entre Burdeos, Périgieux y Bergerac, muy cerca de Castillon-la-Bataille, la propiedad de Montaigne, fue adquirida en 1477 por Ramon Eyquem,²⁸ próspero comerciante y bisabuelo de Michel de Montaigne. Es en la torre erigida en una de las

²⁶ *Essais*, II. 11. p. 414.

²⁷ Véase Nakam, *Montaigne et son temps*.

²⁸ Véase Stephane, *Autour de Montaigne*, p. 82.

esquinas del terreno en donde se asienta el castillo, en ese lugar que le sirvió de biblioteca y retiro para poder consagrarse a la frecuentación de las musas, que el escritor fue dando forma, pacientemente, a la obra que lo consagró. La posibilidad de poder trabajar en relativo aislamiento, además de una renta lo suficientemente holgada, son las bases materiales que facilitaron el que pudiera dedicarse a escribir sus *Ensayos*.

Gracias a que logra interponer una adecuada distancia entre la brutal realidad que agobiaba a la Francia de sus días y su acogedor refugio, consigue tener la perspectiva necesaria que le permitió manifestarse con sutil sagacidad sobre los más variados temas, tanto personales como históricos y de actualidad, todos ellos de enorme interés para quienes se preocupan por entender mejor la condición humana en general. El que pudiera apartarse de la presión de los acontecimientos que cegaban a los participantes en las luchas religiosas, abonó a su natural serenidad y mesura. Esos atributos fueron convenientemente valorados por los dirigentes de entonces quienes hicieron buen uso de esas facultades, razón por la cual, paradójicamente, tuvo que verse involucrado en los terribles sucesos que ensangrentaban las manos de sus compatriotas.

Montaigne solía anotar en el margen de los libros que iba leyendo, comentarios sobre los asuntos que en ellos eran tratados, sobre el autor o cualquier reflexión o recuerdo que le suscitara. Sabemos también, pues él mismo se encargó de comunicárnoslo varias veces en los *Ensayos*, que poseía mala memoria, “et si je suis homme de quelque leçon, je suis homme de nulle retention”;²⁹ inclusive se precia de ello y encuentra la ventaja que entraña “...il se voit par experience plustost au rebours que les memoires excellentes se joignent volontiers aux jugemens debiles”.³⁰ La costumbre de suplir esa carencia por medio de anotaciones marginales de lo que consideraba importante conservar es lo que, aparentemente, está detrás del designio del autor gascón por presentar compilado y organizado bajo un *sui generis* capitulado, en forma de texto impreso y empastado originalmente en dos volúmenes, la gran cauda de reflexiones, recuerdos y citas que decidió presentar a la luz pública. Un total de 20 años dedicó a esta obra desde su concepción original hasta la última revisión que efectuó del libro en sus tres volúmenes definitivos antes de morir. Se tiene la certeza que ese trabajo lo emprendió a partir de su retiro a

²⁹ *Essais*, II. 10. p. 387.

³⁰ *Essais*, I. 9. p. 35.

temprana edad; nueve años después, a los 47 años, concluye lo que será la primera edición, la de 1580. Las peculiares características que dieron origen a la producción de los *Ensayos* llevaron a Maurice Rat a decir de la obra: “livre écrit lui-même en marge des livres, en marge d’une vie, et pris dans un jeu vivant de marges.”³¹

Este libro, proyecto personal como pocos desde sus inicios, continuó siéndolo en las sucesivas ediciones que vieron la luz pública en vida de su autor, incluso adquiriendo día a día mayor aliento intimista. Montaigne reflejó en la composición de sus ensayos la misma concepción que tenía del devenir del mundo: nada es inmutable, todo cambia y está sujeto a constante movimiento. Fluye su escritura como fluye su vida, retoca aquí y allá, no corrige, no cambia lo que dijo, únicamente mejora la manera en la que lo expresa, lo complementa, lo enriquece.

No vale la pena intentar descubrir ahora la lógica que siguen el casi millar y medio³² de inclusiones que se fueron sumando en todo ese tiempo hasta integrar lo que hoy conocemos como la última edición revisada por Montaigne que duplicó su extensión original. Conviene, sin embargo, insistir en este aspecto de su génesis y desarrollo para comprender mejor el aparente desorden que existe en los distintos pasajes que integran el texto que nos ocupa. El propio autor habló de ello: “Moy qui suis Roy de la matiere que je traicte, et qui n’en dois conte à personne, ne m’en crois pourtant pas du tout; je hasarde souvent des boutades de mon esprit, desquelles je me deffie, et certaines finesses verbales, dequoy je secoue les oreilles; mais je les laisse courir à l’avanture.”³³

Hugo Friedrich señala con razón que los *Ensayos* de Montaigne muestran más un método que un género literario, y esto último no podría ser de otra manera pues, solamente a partir del uso que del título hicieron quienes después adoptaron el término, esa obra seminal dio vida al género.³⁴ Sin embargo el investigador alemán confunde efecto con causa cuando afirma que Montaigne escribe para conocerse a sí mismo y que ‘secundariamente’³⁵ lo hace para comunicarse con el otro. A nuestro juicio no existe tal

³¹ ‘Avertissement’ en: *Œuvres complètes*, p. X.

³² Stéphane, *Autour de Montaigne*, p. 235. Un trabajo de ese tipo ya lo hizo Michel Butor en *Essais sur les Essais*.

³³ *Essais*, III. 8. p. 922.

³⁴ Hugo Friedrich, *Montaigne*, p. 353.

³⁵ “La question du sens de l’œuvre (pourquoi écrire?) reçoit dans les *Essais* la même réponse que celle sur le sens de l’étude de soi. Écrire, pour Montaigne, ne signifie que secondairement se communiquer à autrui.” *Ibidem*, p. 341.

desfase, el autor sigue un proceso unívoco y polivalente: al escribir se nos descubre y se descubre a sí mismo en un ejercicio simultáneo. Una clara prueba de lo anterior es la diferencia formal entre el *Viaje en Italia* y los *Ensayos*; el primero sirvió para llevar un registro simple de los avatares del trayecto sin el objetivo de publicarlo (que sólo vio la luz pública a partir del afortunado hallazgo y el interés de sus fieles lectores) y el segundo que fue cuidadosamente elaborado y entregado a la imprenta por el mismo autor, pulido por él innumerables veces. Hay una evidente distinción entre ambas obras tanto en intención como en la confección de las mismas.

Un esfuerzo ya sea exclusivo o preponderante de auto-conocimiento por parte del autor no lo hubiera llevado al obsesivo enriquecimiento de su escrito ni al cuidado que siempre dedicó a la edición y reedición de la obra; esto no nada más se percibe en el aspecto exterior y formal, también podemos encontrarlo en el contenido que transmite una multitud de dispares significados, algunos muy claros, otros no tanto, que rebasan el supuesto interés egocéntrico que pudiera tener el escritor y se proyectan a la sociedad de su tiempo.

En los *Ensayos*, Montaigne no nada más se conoce a sí mismo durante el proceso de escritura, también se da cuenta que gracias a él se transforma: “Je n’ay pas plus faict mon livre que mon livre m’a faict”.³⁶ Pero este movimiento perenne no lo limita al deseo concentrado en su interior, ajeno al mundo; el escritor se manifiesta sobre los más variados tópicos, desde los que tienen que ver con la naturaleza humana y con su propio ser, hasta lo que acontece en sus días. Quiere conocer, pero también comprender a su semejante, por muy distinto que éste sea. Existe introspección pero también proyección hacia fuera de él mismo. Esta revisión de la relación entre interior y exterior, entre el yo y el otro, entre hombre y naturaleza, entre mundo e historia, no se realiza en un estéril confinamiento en el propio egoísmo, se expresa a partir del yo íntimo que convive con el mundo exterior al cual quiere comprender y explicar siendo consciente de que para ello, al mismo tiempo, debe conocerse a sí mismo.

Cuando uno escribe *se realiza* un acto de conciencia (en sentido positivo, activo) y al practicar la introspección para conocer(se), en el acto de verbalizar, se organiza la experiencia vivida. Sin ello, los hechos representan un desorden fáctico ante la conciencia

³⁶ *Essais*, II. 18. p. 648.

inerte, que sólo registra. El ser humano se re-presenta lo vivido, al expresarlo, lo organiza y lo comprende. No es otra la vivencia confesional católica que se siente ‘aliviada’ al compartir y expiar la culpa, muy cercana asimismo pero, en otro sentido, al ejercicio psicoanalítico. La decodificación de lo vivido y la explicación en términos discursivos con el fin de comunicarnos nos reconfigura al acercarnos a la conciencia ‘de sí’, de nosotros mismos.

El acto de escribir entraña siempre un deseo de comunicar, bien puede ser que uno quiera confrontar la experiencia propia o la reflexión presente con la que podamos llegar a tener en el futuro, o también que busquemos trasmitirla a nuestros semejantes. En todo caso, dirigiéndonos a nosotros o a otros, persiste el deseo de comunicación como algo inherente al proceso escritural. En Montaigne, en los *Ensayos*, conviven las dos aspiraciones y gracias a la alegre sabiduría con la cual acomete esa doble tarea nos ha legado una obra señera.

No sabemos a ciencia cierta qué lo motivo a planear, a llevar a término (siempre provisional, siempre cambiante, en tanto sujeta a permanente crecimiento) y a publicar su famosa obra; él mismo dice en el aviso al lector que su obra se debe a que:

Je l'ay voué à la commodité particuliere de mes parens et amis: à ces que m'ayant perdu (ce qu'ils sont à faire bien tost) ils y puissent retrouver aucuns traits de mes conditions et humeurs, et que par ce moyen ils nourrissent plus entiere et plus vifve la connoissance qu'ils ont eu de moy...

Sin embargo, no debemos tomar al pie de la letra esta nota de presentación, más formal y educada como corresponde a un texto de este tipo. Nada más en lo que toca a su salud, no había porqué anunciar una muerte inminente ya que todavía pudo andar por la vida durante 12 años más. Ciertamente es que ya padecía la enfermedad en los riñones que acarrearía momentos lastimeros a sus últimos años, y bien pudo ser que se hallaba impresionado por haber comenzado a sufrir desde dos años antes el mal de piedra que acabó con la vida de su progenitor en sólo siete años, pero teniendo éste una edad más avanzada.³⁷

Por otro lado, hay que reconocer que los *Ensayos* contienen numerosas referencias a su persona, aunque distan mucho de ser unas ‘memorias’ que se ajustarían más a ese

³⁷ Jean Lacouture, *Montaigne a caballo*, p. 227.

propósito, y para ser francos, el autor nos queda mucho a deber en lo que toca a registrar hechos de su vida.

Hay quienes, como Michel Butor, consideran que esta obra es un ‘túmulo’ al gran amigo Étienne de La Boétie, “a la vez homenaje compensatorio y diálogo íntimo con el desaparecido”.³⁸ Sin embargo, parece que apostaba más bien a su futuro individual: Montaigne buscaría hallar en otro ser una amistad que supliera a la que había existido entre los dos humanistas y que fue interrumpida por la muerte de La Boétie. De la lectura de la obra *Discours de la servitude volontaire* había surgido el primer interés del gascón por establecer contacto con su autor; así que, poco después de haberlo conocido, se desarrolló una estrecha relación entre ambos. Por tanto, teniendo presente esa experiencia, querría volver a encontrar mediante este recurso a quien sustituyera el afecto del amigo ausente:

Outre se profit que je tire d’escire de moy, j’en espere cet autre que, s’il advient que mes humeurs plaisent et accordent à quelque honneste homme avant que je meure, il recerchera de nous joindre[...]

O un amy! Combien est vraye cette ancienne sentence que l’usage en est plus necessaire et plus doux que des elements de l’eau et du feu!³⁹

Otra razón nos la da él desde la primera edición, al principio de su libro, en el brevísimo capítulo ‘De l’oysiveté’:

Dernierement je me retiray chez moy, deliberé autant que je pourroy, ne me mesler d’autre chose que de passer en repos et à part ce peu qui me reste de vie, il me sembloit ne pouvoir faire plus grande faveur à mon esprit, que de le laisser en pleine oysiveté, s’entretenir soy mesmes, et s’arrester et rasseoir en soy: ce que j’esperois qu’il peut meshuy faire plus aisément, devenu avec le temps plus poisant, et plus meur. Mais je trouve [...] que au rebours, faisant le cheval eschappé, il se donne cent fois plus d’affaire à soy mesmes, qu’il n’en prenoit pour autruy; et m’enfante tant de chimeres et monstres fantasques les uns sur les autres, sans ordre et sans propos, que pour en contempler à mon aise l’ineptie et l’estrangeté, j’ay commancé de les mettre en rolle, esperant avec le temps luy en faire honte à luy mesmes.⁴⁰

¿Qué lo obsiona? ¿Cuáles son las quimeras y las monstruosas fantasías que lo asaltan sin orden ni propósito? No lo sabemos, aunque sí tenemos registro del deterioro del ambiente social y político que lo rodea y conocemos en parte su andar por ese mundo. Ironías del

³⁸ *Ibidem*, p. 106.

³⁹ Citado por Butor, *Essais sur les Essais*, p. 215.

⁴⁰ *Essais*, I. 8. p. 34.

destino: no pasará el resto de sus días en reposo, dejando a su espíritu en plena ociosidad. Todo lo contrario, interviene incluso –aunque sin participar directamente- en hechos de armas entre las tropas reales y los rebeldes hugonotes; tiene que aceptar (obligado por Enrique III) ocuparse de la alcaldía de Burdeos y sin reparar en su salud mermada, interpone sus buenos oficios a favor de la distensión entre los poderosos; sufre la cárcel (cierto que por pocas horas) y la incompreensión (“para el gibelino era yo güelfo y para el güelfo gibelino”). Bonita manera de retirarse, y para colmo, al comienzo de esa buscada tranquilidad, su espíritu le juega sucio... “el sueño de la razón produce monstruos” repetirá Francisco de Goya doscientos años después en otra época turbulenta.

Tal vez, alucinado, ve desfilar en su retiro la imagen de una época de oro, imaginada y deseada por sus contemporáneos de toda Europa, y que él encuentra en la lejana América, ahogada en sangre; contempla a la religión del amor convertida en una vorágine de odios y muerte; la corrupción y la ambición desmedida se enseñorean y mandan... ¿Qué monstruos más terribles le puede deparar su mente si con sólo asomarse a la realidad que se encuentra a unos cuantos pasos de su castillo tiene para escribir el más espantoso de los Apocalipsis? ¿Será que su buena fe, su optimismo y su cordialidad se topan con una realidad que lo desespera y lo inclina a sumirse en la peor de las decepciones? ¿Los *Ensayos* fungen entonces como catarsis de esos momentos de desesperación y lo llevan a tratar de brindar su asistencia para tratar de enderezar en lo posible, aun a riesgo de la propia vida, el descarriado ímpetu de sus compatriotas? ¿El activismo que desplegará tras la edición de su libro será el corolario de lo que ya apunta en sus páginas?

Nos parece que pudieron haber existido otras razones adicionales, diferentes también del pintarse a sí mismo. Una frase clave: “Moy qui ay plus de soin du poids et utilité des discours que de leur ordre et suite,”⁴¹ constituye la declaración de un escritor atento a la trascendencia de su oficio y responsable frente a sus lectores, interesado más en comunicar lo que puede serles de provecho que en asuntos estrictamente formales, sin descuidar por ello la agradable expresividad de su texto.

No dedicaremos mayor espacio al motivo manifiesto u oculto, consciente o inconsciente que tuvo el autor para escribir los *Ensayos*. Cualquiera que haya sido el conjunto de motivaciones que alimentaron el designio por confeccionar pacientemente una

⁴¹ *Essais*, II. 27. p. 678.

obra que fue tomando forma con tan buen sentido, el hecho es que durante cuatro siglos ha sido, con altibajos, un notable referente de la cultura occidental y su autor alguien altamente apreciado a su vez por otros importantes autores como Shakespeare, Pascal, Stendhal, Nietzsche, y muchos otros más.

Las motivaciones íntimas más hondas quedan para el análisis del fenómeno de la creación o, quizás mejor, de la producción literaria.⁴² Nuestra falta de dedicación a estos temas sólo nos permitió intentar aproximarnos a las causas más evidentes que podemos apreciar en el ilustre escritor del siglo XVI. Decimos causas no en el sentido de determinante único con resultados previsibles y necesarios, más bien, con un enfoque que parte de la idea de que “toda la historia es testimonio del presente”.⁴³ Sobre esa base, tuvimos como objetivo el desentrañar las condiciones bajo las cuales se produjo una obra literaria que posee un sentido múltiple y un atractivo único para nosotros. Por tanto nos constreñimos a revisar la filiación de Montaigne al tema americano en relación con sus inquietudes más apremiantes.

⁴² Pierre Macherey, *Pour une théorie de la production littéraire*.

⁴³ Antonio Gramsci, *Notas sobre Maquiavelo...* p. 183.

Conclusión

Debido a que, hasta ahora, no hemos encontrado entre los estudiosos de Montaigne, suficiente atención al tema aquí tratado, no obstante la gran cantidad de menciones sobre el indio hechas por él, buscamos en este trabajo dar cuenta de la compleja relación que existe entre este autor y su enredada actualidad, tratando de encontrar la razón de su vínculo con la problemática americana. Así, esperamos que hayamos podido mostrar cómo un agudo conflicto ideológico en un territorio, muta radicalmente cuando se presenta en otro lugar, en función de las preocupaciones que prevalecen en cada uno: en América/España, el interés es directamente económico puesto que si no se concede valor jurídico al indio, es más fácilmente utilizable en la expoliación y explotación de sus tierras; en Francia, el interés se orienta a la preservación y evolución de la organización estatal, centrada en el rey y en proceso de devenir estado nacional para lo cual la unidad interna es factor fundamental. La situación tan peculiar de la Francia de la segunda mitad del siglo XVI es muy diferente a la que vivían los territorios hispanos en la primera mitad de esa centuria, de ahí que la disputa sobre el indio perdiera su virulencia en la Europa no peninsular, y se reconfigurara desplazando su centro (¿tienen alma, son humanos?) e imprimiendo mayor énfasis en tópicos que originalmente fueron secundarios: la brutalidad española, la pureza natural del indígena, etcétera.

El conflicto religioso entre hugonotes y católicos desquició por décadas el orden social francés, y Montaigne, al igual que familiares, amigos y conocidos, sufrieron en carne propia las consecuencias. Sin embargo, el escritor trata de encontrar una salida al atolladero en el que se encuentra la sociedad de su tiempo, y esa preocupación hizo que actuara en diversos frentes, uno de ellos son los *Ensayos*, que se vieron impactados por lo que atinadamente explica Géralde Nakam: “C’est même ce vif sentiment de menace extérieure et de force intérieure qui donne aux *Essais* leur dialectique et leur tonalité particulières, l’intensité de leur témoignage et celle de leur intimité”¹

¹ Nakam, *Montaigne et son temps*, p. 167.

Con el propósito de asentar nuestras ideas lo más claramente posible pudimos haber caído en cierto ‘reduccionismo’, algo que lamentamos si así fue el caso. Una investigación más detallada podrá dar nuevas pistas al mismo tema. Aun así, esperamos haber contribuido a que se conozca mejor el lugar que ocupa la atención que Montaigne otorgó al tema indígena en el conjunto de su dilatada obra y sobre las claves de su dedicación a este atrayente asunto.

Por otro lado, en beneficio de quien no lo ha frecuentado, no sobra advertir que, a pesar de que hemos tratado de reflejar con una gran profusión de citas la rica paleta que el autor al que hemos dedicado este pequeño ensayo utiliza para plasmar sus ideas, tanto como su profundidad humana y su despierta inteligencia, no es posible preservarlas a cabalidad en un estudio como el que hemos emprendido; lo mejor sigue siendo leer al célebre escritor de primera mano. No obstante, quisimos acercar al lector a una visión más informada del entorno que vio nacer su obra y, en paralelo, deseamos resaltar algunas características formales que contribuyen a dar a sus ideas la matriz única que lo distingue. No hemos llevado a cabo lo anterior de una manera exhaustiva pues ese interés rebasa los límites que nos hemos impuesto; por tanto se han dejado fuera muchos aspectos interesantes en la obra de Montaigne que no ha sido posible desarrollar aquí. Quiera la fortuna que este pequeño texto despierte el interés suficiente para que en un futuro podamos pagar esta deuda a sus lectores y logremos superar las deficiencias que pueda tener, ampliando al mismo tiempo sus alcances. Ojalá tengamos la posibilidad de regresar a trabajar en él, no en una sino en varias oportunidades, como dichosamente alcanzó a hacer en su obra maestra nuestro entrañable autor, con mucho más talento y gracia.

Bibliografía directa

- ›Aristóteles. *Política*, versión de Antonio Gómez Robledo, 2ª ed. Biblioteca Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana, UNAM, 2000.
- ›“*Essais*” de Montaigne. Choix et présentation par Paul Galleret, Union générale d'éditions, Paris, 1978.
- ›Las Casas, Bartolomé de. *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Mestas ediciones, Madrid, 2001.
- ›López de Gómara, Francisco. *Historia de la conquista de México*, Estudio preliminar de Silvia L. Cuesy, Oceano, México, 2003.
- ›Montaigne, Miguel de. *Ensayos*, trad. Constantino Román y Salamero, ed. revisada, corregida y prologada por Ricardo Saenz Hayes, 2 vols. Aguilar, Buenos Aires, 1962.
- ›Montaigne. *Essais (extraits)*, vol. 1 *L'Homme*; vol. 2 *Le Philosophe*, Notes par Raphaël Pangaud, Classiques Larousse.
- ›Montaigne. *Œuvres complètes*, Textes établis par Albert Thibaudet et Maurice Rat. Introduction et notes par Maurice Rat, Bibliothèque de la Pléiade, Gallimard, Paris, 1976.

Bibliografía indirecta

- ›Adams, Percy G. “The Discovery of America and European Renaissance Literature” en *Comparative Literature Studies*, vol. XVIII, No. 2, 1976. pp. 100-115.
- ›Bitterli, Urs. *Los «salvajes» y los «civilizados». El encuentro de Europa y Ultramar*, FCE, 1982.
- ›Bloom, Harold. *El canon occidental*, Anagrama, Barcelona, 2002.
- ›_____. *Where shall wisdom be found?* Riverhead Books, New York, 2004.
- ›Butor, Michel. *Essais sur les Essais*, Gallimard, 1968.
- ›Cottret, Bernard. *La Renaissance – 1492-1598, Civilisation et barbarie*, Les Éditions de Paris, 2000.
- ›Delumeau, Jean. *La civilisation de la Renaissance*, Arthaud, 1967.

- ›Elliott, J. H. *La Europa dividida 1559-1598*, Siglo XXI, 1979.
- ›Friedrich, Hugo. *Montaigne*, Gallimard, 1968.
- ›Gerbi, Antonello. *La naturaleza de las Indias Nuevas*, Fondo de Cultura Económica, 1978.
- ›Gramsci, Antonio. *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno*, trad. José M. Aricó, Juan Pablos editor, México, 1975.
- ›Hen, Józef. “Montaigne a caballo”, en revista *Plural*, No. 112, México, 1981.
- ›Heller, Ágnes. *El hombre del Renacimiento*, Península, Barcelona, 1980.
- ›Lacouture, Jean. *Montaigne a caballo*, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- ›Lafaye, Jacques. *Los conquistadores*, Fondo de Cultura Económica, 1999.
- ›Macé-Scaron, Joseph. *Montaigne notre nouveau philosophe*, Plon, 2002.
- ›Macherey, Pierre. *Pour une théorie de la production littéraire*, François Maspero, 1974.
- ›Martínez, José Luis. *Hernán Cortés*, 2ª ed. corregida, Fondo de Cultura Económica, 1990.
- ›Micha, Alexandre. *Le singulier Montaigne*, A.G. Nizet, Paris, 1964.
- ›Nakam, Géralde. *Montaigne et son temps. Les événements et les Essais*, Gallimard, 1993.
- ›O’Gorman, Edmundo. *La invención de América*, FCE, 1977.
- ›_____. “Sobre la naturaleza bestial del Indio Americano” en *Thesis, Nueva Revista de Filosofía y Letras*, No. 1, 1979. pp. 7-20.
- ›*Ordre et désordre dans la civilisation de la Renaissance*, (Actes du Colloque Renaissance, Humanisme, Réforme -1993), Textes réunis et présentés par G.A. Pérouse, Publication de l’Université de Saint-Etienne, 1996.
- ›Paz, Octavio. “Chumacero, Quevedo, Lope de Vega y dos o tres sonetos”, en ‘Sábado’ supl. de *uno más uno*, 8 nov. 1980.
- ›Starobinski, Jean. *Montaigne en mouvement*, Gallimard, 1993.
- ›Stephane, Roger. *Autour de Montaigne*, Éditions Stock, Paris, 1986.
- ›Sweig, Stefan. *El legado de Europa*, Acantilado, Barcelona, 2003.
- ›Zavala, Silvio. *Filosofía de la Conquista*, 3ª ed. Tierra Firme, Fondo de Cultura Económica, 1977.